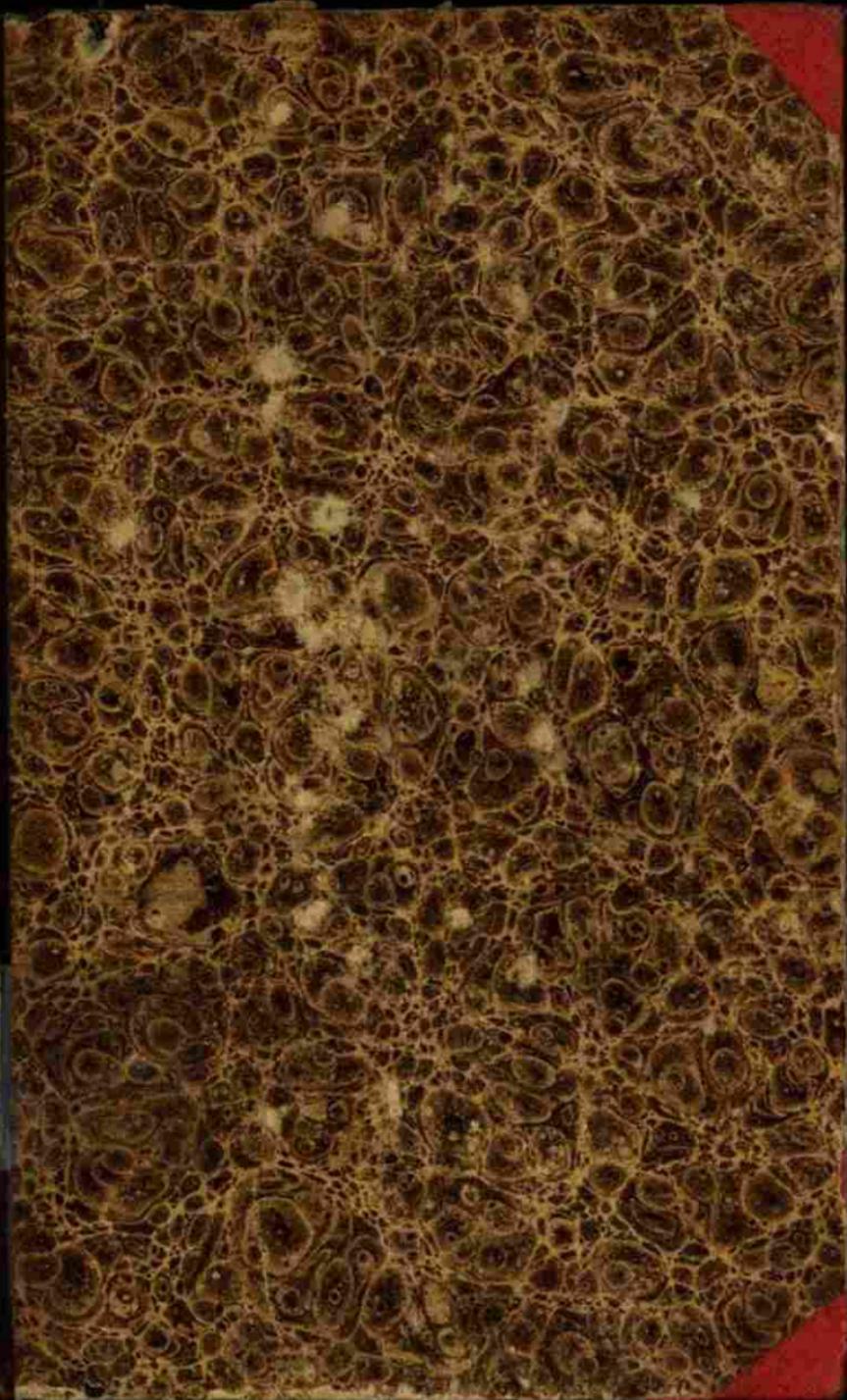


TA

II

DA

2
CIO



UNQUIST
DEL PERU

P. Q.

F3442

P59

109388



1020005047



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



109388

BIBLIOTECA DE LA JUVENTUD.

FRANCISCO PIZARRO

CONQUISTA DEL PERÚ

TERCERA EDICIÓN



LIBRERÍA DE CH. BOURET

PARIS MÉJICO
23, Rue Visconti, 23 14, Cinco de Mayo, 14

1887

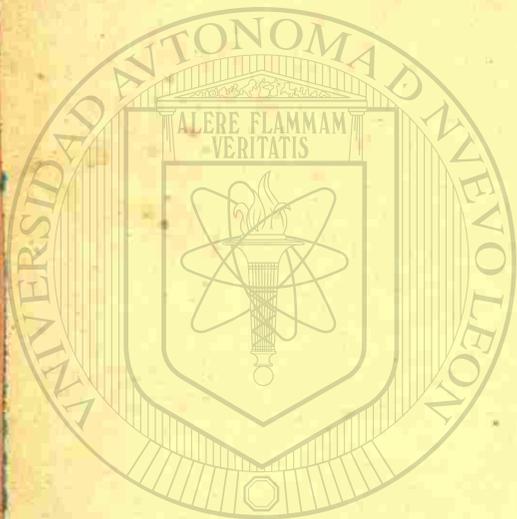


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

F3442

P59



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

A NUESTROS LECTORES

Al publicar la BIBLIOTECA DE LA JUVENTUD, nos propusimos completarla de un modo digno del titulo á que se dedica la coleccion de sus obras.

Nuestro objeto es, que el jóven al mismo tiempo que le es grata la lectura de las obritas de esta *Biblioteca* le sirva de una instruccion esmerada; escogiendo siempre la religion, la moral, la historia, las ciencias, y las artes.

Siempre dispuestos á engrandecerla, hemos escogido la presente, y no dudamos

que será leída con sumo interés por ser su protagonista, uno de los hombres célebres de la historia.

En ella se verán los principales pasages, y las vicisitudes desgarradoras por que pasaron vencedores y vencidos en la CONQUISTA DEL PERU.

Tal es el título de la presente obra : en ella hemos procurado escribir la imparcialidad de los hechos, sin entrometernos en la adulacion, por ser enemigos de ella, sus editores,

A. BOURET É HIJO.

FRANCISCO PIZARRO

CONQUISTA DEL PERU

CAPITULO I

JOVENTUD DE PIZARRO

Francisco Pizarro nació en Trujillo, ciudad de Estremadura en España. La época de su nacimiento es incierta ; pero probablemente fué hácia 1471. Era hijo natural, y no debe sorprendernos que sus padres no se cuidasen mucho de perpetuar la fecha de su nacimiento. Pocos gustan de consignar

que será leída con sumo interés por ser su protagonista, uno de los hombres célebres de la historia.

En ella se verán los principales pasages, y las vicisitudes desgarradoras por que pasaron vencedores y vencidos en la CONQUISTA DEL PERU.

Tal es el título de la presente obra : en ella hemos procurado escribir la imparcialidad de los hechos, sin entrometernos en la adulacion, por ser enemigos de ella, sus editores,

A. BOURET É HIJO.

FRANCISCO PIZARRO

CONQUISTA DEL PERU

CAPITULO I

JOVENTUD DE PIZARRO

Francisco Pizarro nació en Trujillo, ciudad de Estremadura en España. La época de su nacimiento es incierta ; pero probablemente fué hácia 1471. Era hijo natural, y no debe sorprendernos que sus padres no se cuidasen mucho de perpetuar la fecha de su nacimiento. Pocos gustan de consignar

el testimonio de sus faltas. Su padre, Gonzarro Pizarro, era coronel de infantería, sirvió con alguna distinción en las campañas italianas bajo las órdenes del Gran Capitan, y luego en las guerras de Navarra. Su madre, Francisca Gonzalez, era mujer de humilde condicion en la ciudad de Trujillo.

Poco se sabe de los primeros años de nuestro héroe, y aun ese poco no siempre es digno de fe. Segun unos, sus padres le abandonaron, dejándolo como espósito á la puerta de una iglesia de las principales de la ciudad.

La primera vez que oímos hablar de él en el Nuevo-Mundo, es en la Española, en 1510, donde sentó plaza en la espedicion á Uraba en Tierra Firme, bajo las órdenes de Alonso de Ojeda

En 1515 se le destinó con otro militar llamado Morales para atravesar el Istmo y comerciar con los naturales en las playas del Pacifico.

No resulta de ningun dato que Pizarro manifestase mas ardor que los demás; ni era tal el estado de sus fondos que pudiese concebir esperanzas de buen éxito sin grandes auxilios por parte de otros. Encontró este auxilio en otros dos individuos de la colonia, que desempeñaron un papel demasiado

importante en los acontecimientos posteriores para que no hablemos de ellos en particular.

Uno de ellos, Diego de Almagro, era un soldado de fortuna, probablemente de alguna mas edad que Pizarro aunque poco se sabe de su nacimiento, y aun está en duda el lugar en que ocurrió. Supónese nació en la ciudad de Almagro, en Castilla la Nueva, que de donde, por falta de origen mas claro, se deduce su nombre puesto que, lo mismo que Pizarro, era espósito.

El otro era Hernando de Luque, eclesiástico español, que desempeñaba las funciones de cura en Panamá, y que antes habia sido maestro escuela en la catedral de Darien. Parece haber sido hombre de singular prudencia y conocimiento de mundo, y por sus cualidades habia logrado ejercer mucha influencia en la pequeña sociedad á que pertenecia, y manejar fondos que hacian que su cooperacion fuese esencial al buen éxito de la empresa.

EL EMBARQUE

Convino entre los tres socios que los militares contribuirían con su pequeño haber al costeo de los gastos del armamento, pero Luque fué el que proporcionó la mayor parte de los fondos. Pizarro habia de tomar el mando de la expedición, y á Almagro tocaba equipar y surtir de víveres á los buques. Los socios obtuvieron fácilmente el consentimiento del gobernador para llevar á cabo su empresa.

Auxiliado de esta manera con los fondos de Luque y con el consentimiento del gobernador, Almagro no tardó mucho en hacer sus preparativos para el viaje. Compráronse dos buques pequeños, el mayor de los cuales habia sido construido por Balboa para emprender en persona esta misma expedición. Desde su muerte habia permanecido desmantelado en el puerto de Panamá. Recorriósele lo mejor que se pudo, y se le puso en disposición de salir al mar, mientras que se metían á bordo

las provisiones y pertrechos con una prontitud que hacia mas honor al celo de Almagro que á su prevision. *

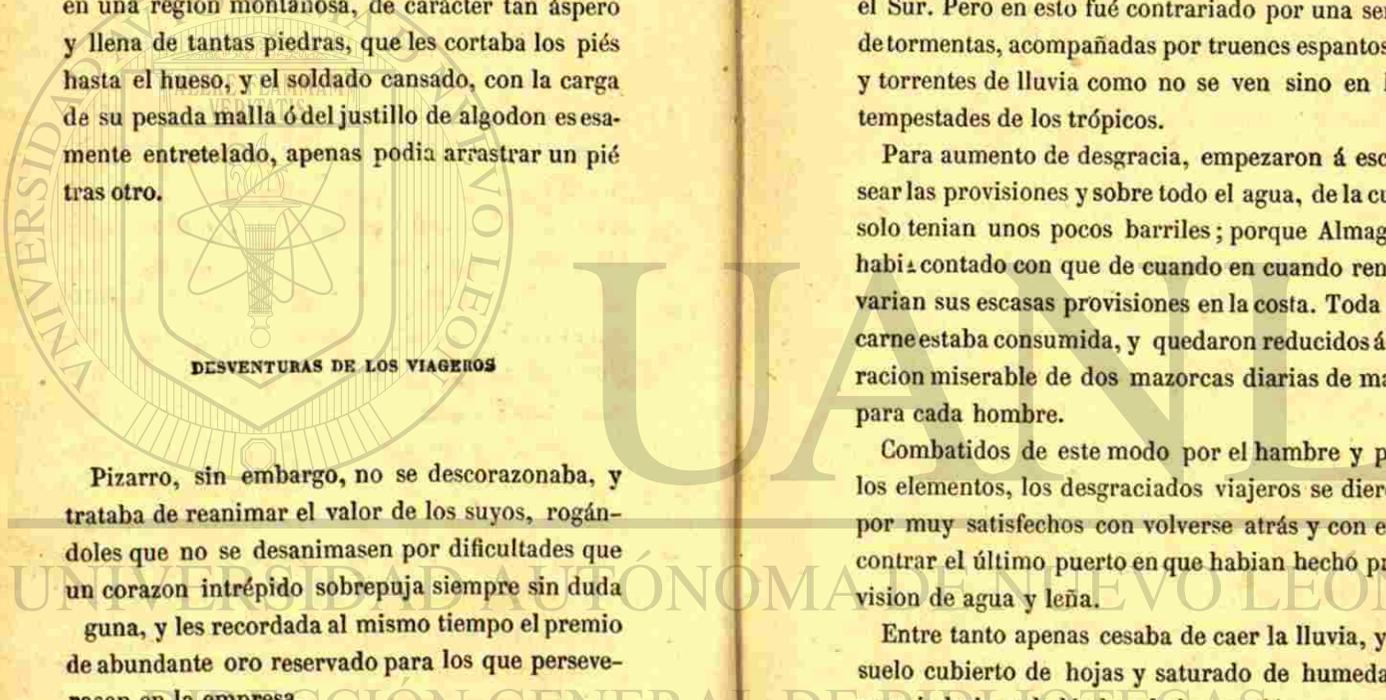
Con estos materiales reunió Almagro un cuerpo como de unos cien hombres, y estando todo dispuesto, Pizarro tomó el mando, y levando anclas, salió del pequeño puerto de Panamá á mediados de noviembre de 1524. Almagro debia salir despues de él en otro buque menor, en cuanto esto se hallase listo.

Doblando el puerto de Piñas, el buquecillo entró en el rio Birú, y la mala aplicacion de este nombre fué, segun creen algunos, lo que dió origen al del imperio de los Incas.

Despues de navegar por este rio unas dos leguas, Pizarro mandó fondear, y desembarcando todas sus fuerzas, esceptuando á los marineros, procedió al frente de ellas á explorar el país. El terreno era un vasto pantano en que las fuertes lluvias habian dejado innumerables charcos de agua estancada, y el fango no ofrecia punto de apoyo al pié del viajero.

Este triste pantano estaba rodeado de bosques, al través de cuya espesa vejetacion y de la enredada

maleza que la cubria, penetraban con mucha dificultad; y saliendo por fin de ellos, encontraron en una region montañosa, de carácter tan áspero y llena de tantas piedras, que les cortaba los piés hasta el hueso, y el soldado cansado, con la carga de su pesada malla ó del justillo de algodón esesamente entretelado, apenas podia arrastrar un pié tras otro.



DESVENTURAS DE LOS VIAGEROS

Pizarro, sin embargo, no se descorazonaba, y trataba de reanimar el valor de los suyos, rogándoles que no se desanimasen por dificultades que un corazón intrépido sobrepuja siempre sin duda alguna, y les recordada al mismo tiempo el premio de abundante oro reservado para los que perseverasen en la empresa.

Después de costear algunas leguas, Pizarro echó el ancla en un paraje de aspecto no muy halagüeño,

donde embarcó leña y agua. Luego, dirigiéndose un poco mas hácia alta mar, continuó su rumbo hácia el Sur. Pero en esto fué contrariado por una serie de tormentas, acompañadas por truenos espantosos y torrentes de lluvia como no se ven sino en las tempestades de los trópicos.

Para aumento de desgracia, empezaron á escasear las provisiones y sobre todo el agua, de la cual solo tenian unos pocos barriles; porque Almagro habia contado con que de cuando en cuando renovarían sus escasas provisiones en la costa. Toda su carne estaba consumida, y quedaron reducidos á la ración miserable de dos mazorcas diarias de maiz para cada hombre.

Combatidos de este modo por el hambre y por los elementos, los desgraciados viajeros se dieron por muy satisfechos con volverse atrás y con encontrar el último puerto en que habian hecho provision de agua y leña.

Entre tanto apenas cesaba de caer la lluvia, y el suelo cubierto de hojas y saturado de humedad, parecia huir resbalándose bajo sus piés.

Enteramente desanimados por el aspecto del país, los españoles empezaron á comprender que

no habian ganado nada con venir á tierra, y empezaron tambien á temer sériamente que se moririan de hambre en una region que no producía mas fruto que unas hayas desagradables que recogian algunas veces en el bosque.

Pero Pizarro estaba dispuesto á combatir males y desgracias aun mayores que estas antes de volver á Panamá con su crédito arruinado, y para ser objeto de la burla general como visionario que habia incitado á otros á embarcarse en una empresa que él no habia tenido valor suficiente para llevar á cabo.

Sin embargo, como sus necesidades eran urgentes, resolvió enviar el buque á la isla de las Perlas, para que trajese á su gente un nuevo surtido de provisiones con que pudiesen marchar adelante con nueva y mejor esperanza. La distancia no era muy grande, y pocos dias habian de bastar para sacarlos de su triste posicion. El oficial á quien se confió este servicio se llamaba Montenegro, el cual llevándose cerca de la mitad de la gente, y despues de recibir las instrucciones de Pizarro, se hizo inmediatamente á la vela y se dirigió hácia la indicada isla.

Dia tras dia y semana tras semana habia pasado ya, y no se habian recibido noticias del buque que habia de traer socorro á los aventureros.

DESCUBRIMIENTO DE TIERRA

En esta crisis vinieron á decir á Pizarro haberse descubierto una luz al través de una remota abertura del bosque. Recibió esta noticia con alegría difícil de describir, puesto que le anunciaba la proximidad de alguna poblacion; y colocándose al frente de una pequeña partida, se dirigió al punto indicado para reconocerlo.

No fué chasqueado por cierto, porque despues de salvar penosamente una espesa estension de monte bajo y follaje, descubrió un desmonte en que estaba situado un pueblecillo de indios.

Los tímidos habitantes, al ver la repentina aparicion de hombres tan estraños, abandonaron espantados sus chozas; y lanzándose á ellas los ham-

brientos españoles, se apoderaron con ansia de lo que contenian, que eran alimentos compuestos en su mayor parte de maiz y cocos. Este socorro, aunque pequeño, era demasiado oportuno para que no los llenase de gozo.

PRIMER ENCUENTRO DE LOS AVENTUREROS CON LOS
INDIGENAS

Los asombrados indígenas no les ofrecieron resistencia alguna. Pero recobrando su confianza al ver que no se les hacia daño alguno, se acercaron á los blancos y les preguntaron que por qué no se quedaban en su país y cultivaban sus tierras, en lugar de andar vagando y robando á los que nunca les habian hecho daño alguno.

Sea cual fuere su modo de pensar sobre la cuestion de derecho, parece probable que en aquel momento pensasen los españoles que hubieran hecho muy bien en observar la conducta que les aconsejaban los indios. Pero los salvajes llevaban

en sus personas adornos de oro aunque groseramente trabajados. Estos adornos eran la mejor contestacion posible á su pregunta. El cebo del oro era lo que habia impulsado al aventurero español á abandonar su hermosa patria para luchar con los peligros del desierto.

Por fin, despues de trascurridas seis semanas, los españoles descubrieron con alegría difícil de explicar que volvia el buque en que se habian marchado sus compañeros, y poco despues Montenegro entró en el puerto con una amplia provision de bastimentos para sus hambrientos compatriotas. Grande fué su horror al contemplar el aspecto de estos. Sus rostros enflaquecidos, sus cuerpos debilitados por el hambre y las enfermedades, hacian que apenas los conociesen sus antiguos compañeros.

Restablecidos con los sólidos alimentos de que durante tanto tiempo habian estado privados, los españoles, con esa elasticidad propia de hombres acostumbrados á una vida vagamunda y rodeada de peligros, olvidaron sus desgracias pasadas en su ansia por llevar adelante su empresa.

Volviendo, pues, á bordo de su buque, Pizarro

se despidió del teatro de tantos padecimientos, que infamó con el nombre oportuno de *Puerto del Hambre*, y desplegó de nuevo sus velas ante la favorable brisa que le impulsaba hácia el Sur.



El tiempo, que hasta entonces había sido favorable, empezó á volverse borrascoso con fuertes chubascos, y con incesantes truenos y relámpagos; y la lluvia, como sucede siempre en estas tormentas de los trópicos, caía no tanto en gotas como en raudales no interrumpidos de agua.

La furia de la tormenta amainó poco á poco, y el buquecillo siguió su curso por la costa hasta encontrarse al frente de una lengua de tierra á que Pizarro dió el nombre de Punta Quemada, y en que mandó fondear.

Viendo varias calles abiertas en este bosque espeso. Pizarro calculó que el país debía estar habi-

tado, y desembarcó con la mayor parte de su fuerza para explorar lo interior.

Apenas hubo penetrado algo mas de una legua, cuando se verificó su conjetura con el descubrimiento de una ciudad de indios, algo mayor que las que hasta entonces habían visto, colocada en la falda de un monte y bien defendida por medio de empalizadas. Los habitantes, según costumbre, la habían abandonado; pero dejando en sus habitaciones provisiones abundantes y algunas friolerías de oro que los españoles no vacilaron en apropiarse.

RUDO COMBATE

Estos pertenecían á una raza belicosa. Habían abandonado sus habitaciones para poner á sus mujeres é hijos en lugar seguro; pero no habían perdido de vista los movimientos de los invasores; y cuando vieron divididas sus fuerzas, resol-

vieron caer sobre ambas una despues de otra, y antes que se pudiesen prestar socorro mútuo.

Por consiguiente, en cuanto Montenegro hubo penetrado en los desfiladeros de las elevadas colinas que salen hácia esta parte de la costa como espolones de las Cordilleras, los guerreros indios salieron repentinamente de su emboscada, y dispararon una nube de flechas y otros proyectiles que oscurecieron el aire, estremeciendo al mismo tiempo los bosques con su agudo grito de guerra.

Los españoles, asombrados al aspecto de estos salvajes con los cuerpos desnudos y pintados de colores brillantes, blandiendo sus armas al deslizarse entre los árboles y el monte bajo que cerraba el desfiladero, se quedaron sorprendidos y confusos, y por un momento en el mas completo desorden. Tres ellos de quedaron muertos y varios heridos. Pero recobrándose muy pronto, devolvieron la descarga del enemigo con sus ballestas, porque parece que las tropas de Pizarro no tenian armas de fuego en esta espedicion, y cargando luego con intrepidez, y con espada en mano, lograron ponerlos en fuga, hácia las montañas. Sin embargo, solo consiguieron hacerles cambiar el teatro de sus

operaciones, y que fuesen á atacar á Pizarro antes que su lugarteniente pudiera prestarle auxilio.

VALOR DE PIZARRO

Rechazado por la furia del ataque dirigido contra su persona, el capitan español se retiraba por el declive de la colina, defendiéndose como mejor podia con su espada y su broquel, cuando resbaló y cayó al suelo. El enemigo lanzó un alarido feroz de triunfo, y algunos de los mas audaces se acercaron á él para acabarlo. Pero Pizarro volvió á ponerse en pié en un momento, y matando á dos con su mano vigorosa, mantuvo á los demás á respetuosa distancia mientras que acudian sus soldados á defenderlo.

Asombrados los bárbaros al ver tanto valor, empezaron á vacilar, cuando llegando oportunamente Montenegro, y atacándolos por retaguardia, los puso en completa dispersion; y abandonando el

campo se retiraron como pudieron á las guaridas de las montañas. El campo estaba cubierto con sus muertos; pero la victoria costó muy cara, pues murieron dos españoles mas y hubo muchos heridos.

Reunióse entonces un consejo de guerra. La posición habia perdido toda su belleza para los españoles, que aquí habian encontrado por primera vez resistencia desde que habian emprendido su expedición.

Hacíase muy duro á Pizarro presentarse al gobernador en el estado presente de la empresa. Determinó, pues, desembarcar con la mayor parte de su gente en Chicamá, lugar situado en Tierra Firme, á poca distancia al Oeste de Panamá. Desde este punto, á que llegó sin mas dificultades ni peligros, despachó á su buque, y en él á su tesorero Nicolás de Ribera, con todo el oro que se habia recogido, y con instrucciones para dar al gobernador un informe detallado y completo de sus descubrimientos y del resultado de la expedición.

REFUERZOS DE LA ESPEDICION

Mientras estas cosas pasaban, Almagro, el compañero de Pizarro, se habia ocupado activamente en disponer otro buque para la expedición en el puerto de Panamá, mas solo mucho tiempo despues de la marcha de su compañero estuvo preparado á seguirlo. Auxiliado por Luque, al fin logró equipar una pequeña carabela y embarcar un cuerpo de sesenta á setenta aventureros, casi todos de la clase mas ínfima de la colonia.

Dióse á la vela y siguió el rumbo de su compañero, con la intención de alcanzarlo lo mas pronto posible. Mediante una señal en que antes habian convenido y que hacian en la corteza de los árboles pudo reconocer todos los puntos en que habia estado Pizarro, Puerto de Piñas, Puerto del Hambre, Pueblo Quemado; tocando sucesivamente en todos

los puntos del litoral explorados por sus compatriota, saunque en mucho menos tiempo.

En el último punto indicado, fué recibido por los fieros naturales con las mismas demostraciones hostiles que habia sufrido Pizarro, aunque en este encuentro no se atrevieron los indígenas á salir de sus obras defensivas. Pero exasperóse tantó el ardor de Almagro con este obstáculo, que espada en mano tomó por asalto el pueblo, incendió la empalizada y las habitaciones, é hizo huir á los bosques á los miserables habitantes.

Su victoria le costó cara. Herido con un dardo en la cabeza, prodújole esto una inflamacion en un ojo, que despues de grandes padecimientos, perdió enteramente. A pesar de esto el intrépido aventurero no vaciló en proseguir su viaje, y despues de tocar en diferentes puntos de la costa, al-

unos de los cuales lo recompensaron con un considerable botin de oro, llegó á la embocadura del *Rio de San Juan*, que está como al cuarto grado de latitud. Sorprendióle la hermosura del rio, y lo cultivado de sus márgenes, que estaban salpicada de chozas de indios en cuya construccion se descubria algun arte, mientras que todas las casas juntas revelaban un grado de civilizacion mas elevado que todo lo que hasta entonces habia visto.

Sin embargo, estaba lleno de inquietud y zozobra por la suerte de Pizarro y de los suyos. Hacia mucho tiempo que no encontraba rastro alguno de ellos en la costa, y era claro que ó debian haberse hundido en medio del Océano, ó emprendido su viaje de vuelta á Panamá. Esto último le pareció lo mas probable, puesto que el otro buque pudo pasar junto al suyo sin ser observado durante la noche, ó en medio de esas espesas neblinas que algunas veces envuelven aquella costa.

Convencido de esto, no se determinó á continuar su viaje de descubrimientos, para el cual efectivamente no bastaba su pequeño buque con su escasa dotacion de hombres.

Resolvióse pues á volver en el acto, y tocando

en las islas de las Perlas, supo allí el resultado de la expedición de su amigo, y el paradero de este. Tomando inmediatamente el rumbo de Chicamá, los dos aventureros tuvieron muy pronto el placer de abrazarse, y de referirse mutuamente sus hazañas y peligros.

Almagro traía mas oro aun que su sócio, y á cada paso de su navegacion habia adquirido nuevas pruebas de la existencia de un imperio opulento y grande hácia el Sur. Mucho se fortaleció con estos descubrimientos la confianza de los dos amigos; y ambos se juraron mutuamente morir mas bien que abandonar la empresa.

CAPITULO II

LLEGADA A PANAMA

Al llegar á Panamá supo Almagro que las cosas habian tomado un aspecto menos favorable á sus planes de lo que esperaba. Pedrarias, el gobernador, se estaba preparando para mandar en persona una expedición contra un oficial rebelde en Nicaragua; y su genio, que naturalmente no era de los mas amables, se habia agriado aun mas con la

en las islas de las Perlas, supo allí el resultado de la expedición de su amigo, y el paradero de este. Tomando inmediatamente el rumbo de Chicamá, los dos aventureros tuvieron muy pronto el placer de abrazarse, y de referirse mutuamente sus hazañas y peligros.

Almagro traía mas oro aun que su sócio, y á cada paso de su navegacion habia adquirido nuevas pruebas de la existencia de un imperio opulento y grande hácia el Sur. Mucho se fortaleció con estos descubrimientos la confianza de los dos amigos; y ambos se juraron mutuamente morir mas bien que abandonar la empresa.

CAPITULO II

LLEGADA A PANAMA

Al llegar á Panamá supo Almagro que las cosas habian tomado un aspecto menos favorable á sus planes de lo que esperaba. Pedrarias, el gobernador, se estaba preparando para mandar en persona una expedición contra un oficial rebelde en Nicaragua; y su genio, que naturalmente no era de los mas amables, se habia agriado aun mas con la

defeccion de su subalterno, y con la necesidad que le imponia de emprender una marcha larga y peligrosa.

DESIRE DEL GOBERNADOR DE PANAMA

Así es que cuando Almagro se le presentó pidiéndole permiso para levantar nuevas tropas y para llevar adelante su empresa, el gobernador lo recibió con disgusto, escuchó con frialdad la relación de sus pérdidas, se negó á creer en las promesas magníficas para el porvenir, y le pidió secamente cuenta de las vidas sacrificadas por la obstinacion de Pizarro, y que en la ocasion presente le hubieran sido tan útiles para su expedicion á Nicaragua. Negóse positivamente á consentir en nuevas y quiméricas empresas por parte de los dos aventureros, y la conquista del Perú hubiera quedado ahogada en su gérmen, á no ser por la inter-

tencion eficaz del otro sócio, Fernando de Luque.

Este sagaz eclesiástico habia concebido una idea muy diferente de la del irritable gobernador sobre lo que resultaba de las esplicaciones de Almagro. Los resultados positivos de la empresa en plata y oro, habian sido en verdad muy pequeños y formaban un contraste humillante con la magnitud de sus esperanzas. Pero bajo otro punto de vista eran de importancia eminente.

Adhiriéndose pues completamente á los sentimientos de sus compañeros militares, empleó toda su influencia con el gobernador para inclinarlo á favorecer la demanda de Almagro.

DESTITUCION DE PIZARRO EN EL MANDO ESPEDICIONARIO

Pero mientras Pedrarias vencido por los argumentos ó por la importunidad del eclesiástico consentia con disgusto en acceder á la peticion, tuvo especial empeño en dar pruebas de su disgusto con

2.

tra Pizarro á quien atribuía particularmente la pérdida de sus hombres, nombrando á Almagro como su igual en el mando de la expedición propuesta. Este desaire inspiró á Pizarro un profundo resentimiento. Sospechó que su compañero, no se sabe con qué motivo, había solicitado esto del gobernador.

Suscitóse pues alguna frialdad entre ellos, que desapareció, á lo menos esteriormente, al reflexionar Pizarro que mas valia que se confriese esta autoridad á un amigo que á un extraño, quizás adversario suyo. Pero quedaron en su seno los gérmenes de una indeleble desconfianza, que aguardaban la ocasion oportuna para brotar en una abundante cosecha de discordia.

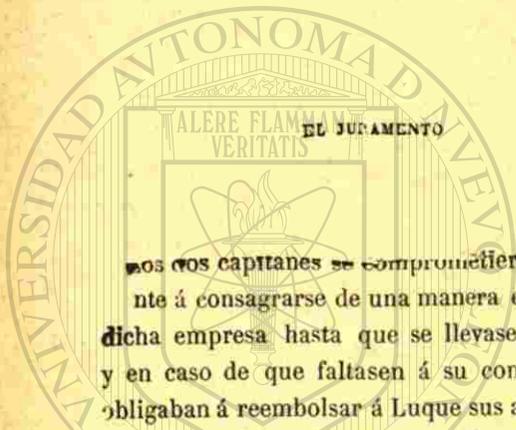
CONTRATO INDIGNO DEL GOBERNADOR

Pedrarias había estado interesado al principio en la empresa, á lo menos en cuanto á estipular

una parte en las ganancias, aunque, segun parece no había contribuido con un solo maravedí á los gastos. Por fin se consiguió de él que renunciase á todos sus derechos á participar en las ganancias. Pero en su modo de hacer esto, manifestó un espíritu mercenario mas propio de un mercachifle que de un alto empleado de la corona. Estipuló que los asociados le asegurasen la suma de mil pesos de oro en pago de su consentimiento, y ellos aceptaron inmediatamente su proposición con tal de verse libres de sus pretensiones.

Poco despues de esto, es decir, en el siguiente año, sucedióle en el gobierno don Pedro de los Ríos, natural de Córdoba.

Arregladas todas las dificultades con el gobernador, y obtenido su permiso para la empresa, los confederados no perdieron tiempo en hacer los necesarios preparativos. Su primer paso fue celebrar el contrato memorable que sirvió de base á sus disposiciones futuras; y como en él aparece el nombre de Pizarro, parece probable que este hubiese pasado á Panamá en cuando estuvo seguro de las resoluciones favorables de Pedrarias.



Los dos capitanes se comprometieron solemnemente á consagrarse de una manera esclusiva á la dicha empresa hasta que se llevase á buen fin; y en caso de que faltasen á su compromiso, se obligaban á reembolsar á Luque sus adelantos.

Los comandantes Pizarro y Almagro, juraron en nombre de Dios y por los santos Evangelios ejecutar lo que prometian, haciendo el juramento sobre el misal en el cual trazaron con sus propias manos el sagrado emblema de la cruz.

CAPITULO III

SEGUNDA ESPEDICION

Los dos capitanes, cada cual en su buque, volvieron á salir de Panamá, dirigidos por Bartolome Ruiz, piloto de sagacidad y resolucion, que tenia mucha esperiencia en la navegacion del mar del Sur.

Sin tocar en los puntos intermedios de la costa, que no ofrecian aliciente alguno á los viajeros, na-

vegaron mas mar adentro, gobernando hácia el rio de San Juan, el último límite que habia alcanzado Almagro. La estacion habia sido mejor escogida que en la ocasion anterior, y encontrando vientos favorables llegaron en pocos dias al lugar de su destino. Entrando por la embocadura del rio, vieron que sus orillas estaban cubiertas de habitaciones de indios, y desembarcando Pizarro con algunos soldados, logró sorprender un pueblo y llevarse un botin considerable de adornos de oro que se encontraron en las chozas, juntamente con algunos naturales.

EL PILOTO RUIZ ESPLORA LA COSTA

Entusiasmados con el buen éxito, los dos jefes calcularon que al contemplar tan ricos despojos con tal rapidez adquiridos, los aventureros de Pa-

namá no podrian resistir el deseo de acudir á su bandera; y como cada dia sentian mas y mas la necesidad de tener fuerzas mayores para poder luchar con la mayor poblacion del país que iban á invadir, resolvióse que Almagro volviese con el tesoro y procurase refuerzos, mientras que el piloto Ruiz con el otro buque reconocia la costa hácia el Sur, y recogia todas las noticias que pudiera para determinar sus pasos futuros.

Pizarro, con lo restante de sus fuerzas, debia permanecer cerca del rio, puesto que los prisioneros indios le aseguraron que á corta distancia en lo interior habia una region abierta y cultivada, en que él y los suyos encontrarían todo lo necesario para vivir con comodidad. Este plan se puso en obra inmediatamente. Pero nosotros seguiremos antes que á los demás al intrépido piloto en su crucero hácia el Sur.

DESEMBARCO EN LA ISLA DEL GALLO

Siguiendo la costa del gran continente, con vientos favorables todavía, el primer lugar en que Ruiz echó el ancla fué en la pequeña isla del Gallo, como á dos grados Norte. Los habitantes que no eran numerosos, estaban preparados para recibirlo de una manera hostil, porque las noticias de los invasores los habian precedido en el país, y aun habian llegado á este punto aislado. Como el objeto de Ruiz era explorar y no conquistar, no quiso enredarse en hostilidades con los indígenas; y así abandonando su proyecto de desembarcar, dióse a la vela y recorrió la costa hasta el punto que hoy se llama bahía de San Mateo.

DESCUBRIMIENTO DE UN BARCO INDIÓ

Sin permanecer en esta costa, Ruiz, alejándose de ella entró en alta mar; pero no habia navegado mucho tiempo en esta direccion, cuando lo sorprendió descubrir un buque que con la distancia parecia una gran carabela, pero atravesada por una vela muy grande que la arrastraba lentamente por la superficie del agua. El antiguo marinero se confundia al contemplar semejante fenómeno porque estaba seguro de que ninguna nave europea podia haber llegado antes que él á estas latitudes, y ninguna nacion india de las hasta entonces descubiertas, ni aun la civilizada nacion mejicana, conocia la aplicacion de las velas á la navegacion. Al acercarse, descubrió que era una grande embarcacion, ó por mejor decir una balsa, que con-

sistia en un gran número de vigas de una madera ligera y porosa, fuertemente atadas unas á otras, y con un ligero suelo de cañas por encima á modo de cubierta. Dos mástiles ó palos gruesos, colocados en el centro del buque, sostenian una gran vela cuadrada de algodón, mientras que un grosero timon y una especie de quilla hecha con una tabla encajada entre los maderos, facilitaban al marino el que diese direccion á esta clase de buque, que seguia su curso sin la ayuda del remo.

RECONOCIMIENTO DE UN BUQUE INDIO

Al atracar la balsa al buque, Ruiz encontró en ella varios indios, tanto hombres como mujeres, algunos engalanados con ricos adornos, y además muchos objetos de plata y oro trabajados con singular destreza, que llevaban á diferentes puntos de la costa para traficar con ellos. Pero lo que mas

llamó su atencion fué el tejido de lana de que se componian algunos de sus trajes. Era un tejido muy fino, delicadamente bordado con figuras de pájaros y flores, y teñido con colores brillantes. Tambien vió en el bote una balanza para pesar los metales preciosos. Su asombro al contemplar estas pruebas de destreza y civilizacion, tan superior á todo lo que hasta entonces habia visto en el país, creció considerablemente con las noticias que recogió de estos indios. Dos de ellos venian de Tumbes: puerto peruano que estaba algunos grados mas al Sur, y le dieron á entender que cerca de esta parte habia grandes rebaños de los animales que producian esta lana, y que el oro y la plata eran casi tan comunes como la madera en los palacios de su monarca.

Los españoles escuchaban con inesplicable interés noticias que tan de acuerdo estaban con sus mas ardientes deseos. Aunque en parte temiendo que hubiese exageracion en el relato, Ruiz resolvió detener á algunos de estos indios, incluso los de Tumbes, para que repitiesen la historia maravillosa á su jefe, y al mismo tiempo para que aprendiendo el castellano, pudiesen mas adelante servir de in-

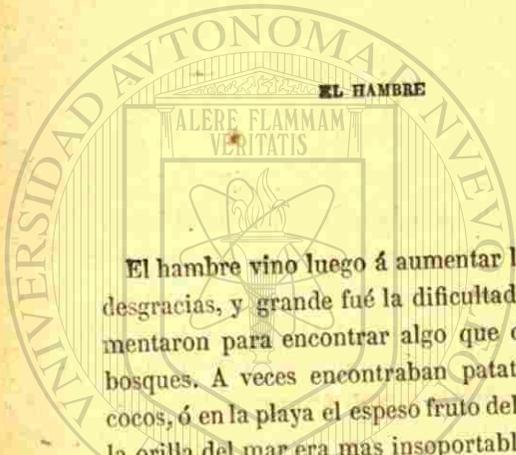
térpretes en los tratos con sus compatriotas. A los otros les permitió proseguir en su viaje sin mas interrupcion.

DESCUBRIMIENTO DEL EQUINOCCIO

Siguiendo despues su rumbo el prudente piloto, sin tocar en ningun otro punto de la costa, llegó á la altura de la punta de Pasado, como medio grado al Sur, teniendo la gloria de ser el primer europeo que navegando con este rumbo en el Pacifico, cruzó la línea equinoccial. Este fue el limite de sus descubrimientos; al llegar á él, viró de bordo, y gobernando al Norte, logró despues de una ausencia de algunas semanas, fondear en el punto en que habia dejado á Pizarro y á sus compañeros.

ESPERANZAS FRUSTRADAS

Y ya era tiempo que lo hiciese; porque el ánimo de esa pequeña fuerza desfallecia ya ante los peligros á que se habia visto espuesta. En cuanto se fueron sus buques, Pizarro emprendió su marcha al interior, con la esperanza de encontrar la deliciosa campiña que le habian prometido los naturales. Pero á cada paso parecia mas y mas espeso el bosque, y los árboles se elevaban á una altura gigantesca que él no los habia visto nunca, ni en estas feraces regiones donde la naturaleza obra tan en grande. A medida que avanzaba encontraba colinas unas detrás de otras, como si fueran olas del mismo mar que iban á reunirse á la barrera colosal de los Andes, cuyas nevadas cumbres se veian elevadas sobre las nubes, y estendidas como una cortina de bruñida plata que parecia unir al cielo con la tierra.



EL HAMBRE

El hambre vino luego á aumentar la lista de sus desgracias, y grande fué la dificultad que experimentaron para encontrar algo que comer en los bosques. A veces encontraban patatas silvestres, cocos, ó en la playa el espeso fruto del mango. Pero la orilla del mar era mas insoportable que los bosques, por los enjambres de mosquitos que obligaban á los desgraciados aventureros á sepultar sus cuerpos hasta la cara en la arena. En esta estreñidad de padecimientos solo pensaban en volverse; y todos sus planes de avaricia y de ambicion, exceptuando á Pizarro y á otros pocos espíritus indomables, desaparecian ante el deseo de volver á Panamá.

En esta crisis fué cuando volvió el piloto Ruiz con la noticia de sus brillantes descubrimientos; y

poco despues entró Almagro en el puerto con su buque cargado de provisiones y con un refuerzo considerable de voluntarios.

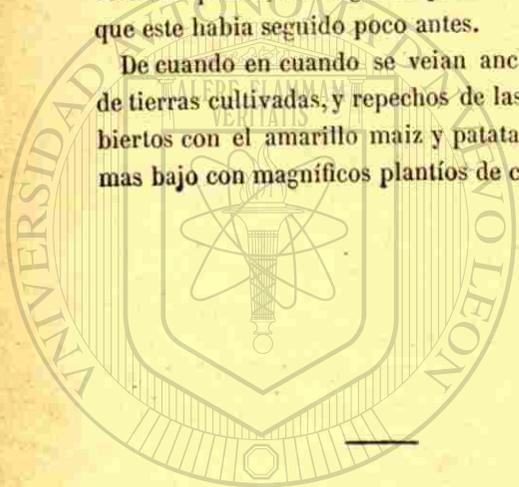
NUEVOS RECLUTAS

La llegada de los nuevos reclutas, ansiosos por llevar adelante la expedicion, el cambio agradable producido en sus circunstancias por las nuevas y abundantes provisiones, y las brillantes pinturas de las riquezas que iban á encontrar en el Sur, produjeron su efecto en los abatidos ánimos de los que con Pizarro estaban.

Sus recientes trabajos y privaciones se olvidaron muy pronto, y con la animacion é inconstancia características al aventurero, exigian tan enérgicamente á su comandante que siguiese el viaje emprendido, como antes habian solicitado que lo

abandonase. Aprovechándose de estos buenos deseos; los capitanes se embarcaron, y guiados por el veterano piloto, se dirigieron por el mismo rumbo que este habia seguido poco antes.

De cuando en cuando se veian anchos campos de tierras cultivadas, y repechos de las colinas cubiertos con el amarillo maiz y patata, ó en nivel mas bajo con magnificos plantios de cacao.



CAPITULO III

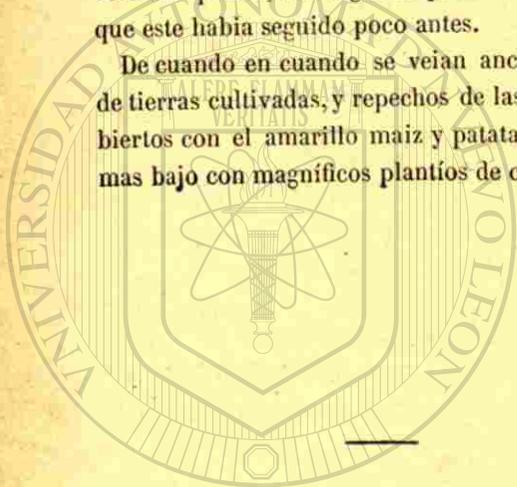
NUEVOS DESCUBRIMIENTOS Y COMBATES

Los pueblos eran mas y mas numerosos; y cuando los buques anclaron en el puerto de Tacamez, los españoles pudieron ver una ciudad de mas de mil casas, arregladas en calles, y con una poblacion numerosa apiñada alrededor de ella en los arrabales.

Los hombres y mujeres ostentaban en sus per-

abandonase. Aprovechándose de estos buenos deseos; los capitanes se embarcaron, y guiados por el veterano piloto, se dirigieron por el mismo rumbo que este habia seguido poco antes.

De cuando en cuando se veian anchos campos de tierras cultivadas, y repechos de las colinas cubiertos con el amarillo maiz y patata, ó en nivel mas bajo con magnificos plantíos de cacao.



CAPITULO III

NUEVOS DESCUBRIMIENTOS Y COMBATES

Los pueblos eran mas y mas numerosos; y cuando los buques anclaron en el puerto de Tacamez, los españoles pudieron ver una ciudad de mas de mil casas, arregladas en calles, y con una poblacion numerosa apiñada alrededor de ella en los arrabales.

Los hombres y mujeres ostentaban en sus per-

sonas muchos adornos de oro y piedras preciosas, cosa que parecerá singular considerando que los Incas del Perú se reservaban el monopolio de estas piedras para sí y para las nobles á quienes se dignaban concederlas.

Los españoles contemplaban con deleite estas pruebas indudables de riqueza, y vieron en el cultivo admirable del territorio una agradable seguridad de que por fin habian llegado al país que tanto tiempo habian estado contemplando revestido de tan brillantes, pero tambien de tan remotos colores. Pero aquí tambien tenían que verse chasqueados por el espíritu belicoso del pueblo, que, conociendo su propia fuerza, no se sentia intimidado por el invasor.

COMBATE EN TACAMEZ

Al contrario, muchas canoas cargadas de guerreros abandonaron la playa, llevando una enseña de

oro, dieron vueltas alrededor de los buques desafiándolos con sus miradas, y cuando los persiguieron se refugiaron fácilmente en tierra.

Un cuerpo mas formidable se reunió en la playa hasta el número, segun dicen los españoles, de á lo menos diez mil guerreros, aparentemente ansiosos de atacar á los invasores. Pizarro que desembarcó con parte de los suyos esperando poder entablar una conferencia, no pudo evitar enteramente los hostilidades; y quizás lo hubieran pasado muy mal los españoles, perseguidos con ardor por un enemigo infinitamente superior en número, á no ser por un accidente burlesco que, como refieren los historiadores, sufrió uno de los ginetes. Este consistió en una caída de caballo, que asombró de tal manera á los bárbaros que no esperaban semejante division de lo que parecian un solo y único cuerpo, que llenos de consternacion se retiraron y abrieron paso á los cristianos para que volviesen á sus buques.

®

VUELTA A LA ISLA DEL GALLO

Ocupáronse varios días en tocar en diferentes puntos de la costa, volviendo por el camino que habían seguido antes; pero parecía que en todos ellos se habían alarmado los naturales y estaban alerta, presentando un aspecto amenazador y aun formidable considerando su número. No les era lícito ni pensar en la región mas al Norte, con sus pantanos mortíferos y sus bosques, y donde la naturaleza hace una guerra mas terrible que el hombre. En esta indecision, se resolvieron en favor de la pequeña isla del Gallo, porque al cabo, por su distancia de la orilla y lo escaso de sus pobladores, era el punto mas á propósito para ellos en su triste condicion.

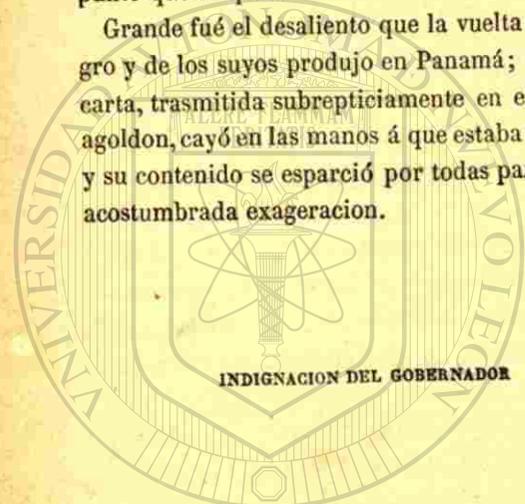
CAPITULO IV

LA RESOLUCION

Poco despues de marcharse Almagro, Pizarro despachó el buque que le quedaba bajo pretesto de que necesitaba que se le compusiese en Panamá. Probablemente se libró así de una parte de su gente [®] cuyas tendencias á la insurreccion le servian de obstáculo en su posicion desgraciada, y de quien estaba tanto mas dispuesto á separarse, cuanto que

era muy difícil encontrar alimentos en el estéril punto que ocupaba.

Grande fué el desaliento que la vuelta de Almagro y de los suyos produjo en Panamá; porque la carta, transmitida subrepticamente en el ovillo de agoldon, cayó en las manos á que estaba destinada, y su contenido se esparció por todas partes con la acostumbrada exageracion.



INDIGNACION DEL GOBERNADOR

Don Pedro de los Ríos, el gobernador, se enfureció hasta tal punto con el resultado que la expedición había tenido, y con las muertes que había causado, disminuyendo otro tanto la población de la colonia, que se negó resueltamente á escuchar las súplicas de Luque y de Almagro que aun solicitaban su apoyo; burlóse de sus ardientes esperanzas para el porvenir, y por fin, resolvió enviar

un oficial á la isla del Gallo, con órdenes para traer á todos los españoles que aun conservaban la existencia en su triste mansion. Despacháronse inmediatamente dos buques con este objeto, bajo el mando de un caballero llamado Tafur, natural de Córdoba.

COMISION DE TAFUR

Entre tanto Pizarro y los suyos estaban sufriendo todas las miserias que eran de esperar del lugar estéril en que se hallaban encerrados. Nada tenían que temer de los indigenas, porque estos habían abandonado la isla en cuanto la ocuparon los españoles; pero tenían que sufrir el hambre aun en mayor grado que durante su permanencia en los bosques del vecino continente.

La llegada de Tafur con sus dos buques, bien surtidos de provisiones, fue, pues, saludada con

102005047

todo el entusiasmo que experimentaría la tripulación de un buque náufrago al recibir un inesperado socorro; y el único pensamiento, despues de satisfacer las inmediatas exigencias del hambre, era embarcarse y abandonar para siempre aquella isla odiada.

Pero por el mismo buque recibió Pizarro cartas de sus dos socios, Luque y Almagro, en que le rogaban que á pesar de todo no perdiese las esperanzas, sino que permaneciese firme en su primer propósito.

Un rayo de esperanza bastaba al intrépido espíritu de Pizarro. Parece que en ninguna época había él pensado ni por un momento en volver. Si abrigó esta idea, bastaron para disiparla las palabras de estímulo que recibía, y se dispuso á seguir esponiéndose á todos los peligros del hecho en que había aventurado toda su existencia y todo su porvenir.

RESOLUCION ENÉRGICA DE PIZARRO

Anunció su propósito de una manera enérgica y lacónica, característica de un hombre mas acostumbrado á obrar que á hablar, y muy bien calculada para hacer impresion en sus rudos compañeros.

Sacando su puñal, trazó una línea en la arena de Este á Oeste. Luego volviéndose hácia el Sur dijo : « camaradas y amigos, esta parte es la de la muerte, de los trabajos, de las hambres, de la desnudez, de los aguaceros y desamparos; la otra la del gusto. Por aquí se va á Panamá á ser pobres; por allá al Perú á ser ricos. Escoja el que fuere buen castellano lo que mas bien le estuviere. » Diciendo esto, pasó él la raya.

LOS VALIENTES SIGUEN A PIZARRO, PERO LOS COBARDES
LE HACEN TRAICION

Siguiéronle el valiente piloto Ruiz, y luego Pedro de Candia, griego, natural de la isla de Candia. Once mas cruzaron sucesivamente la raya manifestando así que estaban dispuestos á seguir á todo trance á su jefe.

Pero este hecho no produjo admiracion alguna en el ánimo de Tafur, quien lo consideró como inculcable desobediencia á las órdenes del gobernador, y poco menos que como una locura que iba á ser causa de la muerte de todos los que se hacian culpables de ella. El se negó á ser cómplice dejando uno de sus buques á los aventureros para que siguiesen su viaje, y aun fué muy difícil conseguir de él que les dejase una parte de las provisiones que para ellos habia traído. Esto no influyó en lo mas

mínimo en su determinacion, y la pequeña partida, despidiéndose de sus camaradas que se volvian á Panamá, no vaciló un instante en permanecer fiel á su propósito de seguir la suerte de su comandante.

En el buque en que volvió Tafur y los que se separaron de la espedicion, se fué tambien con el consentimiento de sus compañeros, el piloto Ruiz, con el objeto de cooperar con Luque y Almagro en sus esfuerzos para obtener nuevos auxilios.

Poco despues de haberse marchado los buques, Pizarro determinó abandonar el punto que ocupaba, que tan pocos alicientes ofrecia, y en que ahora podria verse espuesto á los ataques de los habitantes indígenas, que podrian animarse á volver en cuanto supiesen cuán poco eran los blancos que quedaban.

OCUPACION DE LA ISLA GORGONA

Los españoles, pues, en virtud de las órdenes de Pizarro construyeron una especie de bote grosero ó

balsa, en que lograron trasportarse á la pequeña isla de Gorgona, veinte y cinco leguas al Norte del punto en que residian. Estaba colocada á unas cinco leguas del continente y no tenia habitantes. Su posición era algo mas ventajosa que la de la isla del Gallo : porque estaba mas elevada sobre el nivel del mar, y se hallaba en parte cubierta de bosque en que habitaba una especie de faisán, y la liebre ó conejo del país, de modo que los españoles con sus ballestas lograban reunir una cantidad bastante considerable de caza.

CAPITULO V

RECONVENCION DE LUQUE Y ALMAGRO AL GOBERNADOR

Entretanto el buque de Tafur habia llegado al puerto de Panamá. La noticia que trajo de la obstinación inflexible de Pizarro y de sus compañeros llenó de indignación al gobernador.

Pero Luque y Almagro permanecieron fieles á su compromiso. Hicieron presente al gobernador que si la conducta de su compañero era impru-

dente, á lo menos su fin era servir á la corona y llevar adelante la gran obra del descubrimiento. Cuando Rios tomó el mando, traia instrucciones para auxiliar á Pizarro en su empresa; y abandonar ahora seria frustrar la última esperanza de buen éxito, y echar sobre sus hombros la responsabilidad de la muerte de los hombres intrépidos que lo acompañaban. Estas observaciones por fin produjeron algun efecto en el ánimo del gobernador, y consintió con repugnancia en enviar un buque á la isla de Gorgona, pero sin mas hombres que los estrictamente necesarios para su tripulacion y con la orden positiva á Pizarro de que estuviere de vuelta en Panamá antes de seis meses, fueran cuales fuesen los resultados futuros de su espedicion.

Conseguida la sancion del gobierno, los dos socios no perdieron tiempo en alistar un pequeño buque con provisiones, armas y pertrechos, y en despacharlo á la isla. Los desgraciados habitantes de esta, que ya la habian ocupado durante siete meses, apenas podian creer lo que veian cuando descubrieron las blancas velas de sus amigos que dirigian el rumbo hácia ellos. Y aunque cuando el

buque ancló tuvo Pizarro el sentimiento de saber que no le traia refuerzos, sin embargo, lo recibió con alegría, porque le proporcionaba los medios de resolver el gran problema de la existencia de un rico imperio en el Sur, abriendo así el camino para su futura conquista.

EMBARQUE DE RUIZ

Todos ellos volvieron á llenarse de lisonjera esperanza al verse de nuevo embarcados bajo la direccion del buen piloto Ruiz, quien, siguiendo las instrucciones de los indios, se propuso gobernar hácia Tumbes, con lo cual llegarían de una vez al imperio de oro de los Incas, al Dorado que hacia tanto tiempo que estaban persiguiendo.

Por fin, veinte dias despues de haber salido de la isla la atrevida nave dobló la punta de Santa Elena y resbaló mansamente por las aguas del hermoso

golfo de Guayaquil. En esta parte del país abundaban las ciudades y los pueblos.

Los viajeros se encontraban ahora al frente de algunas de las elevaciones mas estupendas de esta magnífica cadena de montañas: el Chimborazo, con su cumbre ancha y redonda, que se eleva como el domo de los Andes, y el Cotopaxi, con su cono deslumbrador de blanca nieve, que no sufre alteracion ninguna sino es por la accion de su propio fuego volcánico.

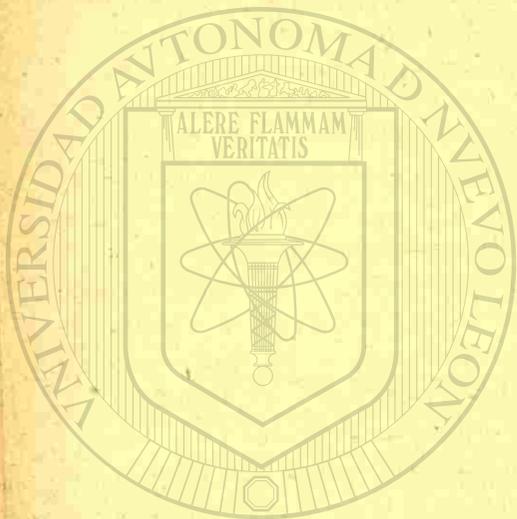
ISLA DE SANTA CLARA

Satisfechos con las pruebas de civilizacion que descubrian á cada legua que avanzaban, los españoles por fin fondearon en la isla de Santa Clara, que está á la entrada de la bahía de Tumbes.

Este lugar no estaba habitado, pero fué recono-

cido por los indios como un punto á que solian acudir los belicosos habitantes de la próxima isla de la Puná para celebrar su culto y sus sacrificios. Los españoles encontraron aquí algunos pedacitos de oro groseramente trabajados en diferentes formas, y que probablemente se dedicaban á las divinidades indias.

Al dia siguiente empezaron á navegar por la bahía. Al aproximarse vieron una ciudad muy grande, con muchos edificios al parecer de piedra y cal, colocada en el centro de un fértil campo que pareció haber sido arrancado á la esterilidad del país que lo rodeaba por medio de un riego minucioso y bien entendido. Cuando aun estaba á bastante distancia de la orilla, Pizarro vió que se acercaban varias balsas, que segun despues se vió, iban cargadas de guerreros que se dirigian á una expedicion contra la isla de Puná.



CAPITULO VI

EL PLACER POR LA AMISTAD.

Los habitantes de Tumbes se habian acumulado en la playa, y estaban contemplando con inesplicable asombro el castillo flotante que, habiendo echado el ancla, se balanceaba muellemente en las aguas de su puerto.

Al día siguiente el capitán español envió á uno de los suyos llamado Alonso de Molina, á tierra,

acompañado por un negro que habia venido en el buque de Panamá, con un regalo para el curaca, compuesto de cerdos y gallinas, que no eran animales indígenas del Nuevo Mundo. Por la tarde volvió su emisario con nuevas provisiones de frutas y vejetales que el pueblo amigo enviaba á los extranjeros.

La sorpresa del pueblo fué extraordinaria al contemplar el color de su oscuro compañero. No podían creer que fuese natural, y trataban de quitarle el tinte imaginario haciéndole que se lavase. Como el africano sufría todo esto con buen humor, desplegando al mismo tiempo sus blancos dientes, se divirtieron mucho.

EMBAJADA DE ALONSO DE MOLINA

Acompañaron luego á Molina á la residencia del curaca, que vivía con gran lujo, con porteros que

custodiaban sus puertas, y con una gran cantidad de vasijas de oro y plata en que le servían de comer. Despues lo llevaron á diferentes puntos de la ciudad india, y vió entre otras cosas una fortaleza construida con piedras sin labrar, que aunque baja, cubria una gran estension de tierra. Cerca de esta habia un templo, y la descripcion que hizo el español de sus adornos de oro y plata pareció tan estravagante, que Pizarro, desconfiando de su relacion, resolvió enviar al dia siguiente un emisario mas discreto y mas digno de confianza.

Habiendo ya recogido todas las noticias necesarias para sus fines, Pizarro despues de despedirse de los naturales de Tumbes y prometerles que pronto volvería, se dió á la vela, y prosiguió su rumbo hácia el Sur.

Refugio Juarez
DESEMBARCO EN PAITA Y OFRECIMIENTO DE SUS
HABITANTES

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Navegando siempre lo mas cerca posible de la costa, para que no se le escapase ningun punto

importante, dobló el cabo Blanco, y despues de recorrer como un grado y medio, entró en el puerto de Paita. Los habitantes, que tenian noticia de su llegada, salieron en sus balsas á contemplar á los maravillosos extranjeros, y á llevarles frutas, pescados y vejetales con el mismo espíritu de hospitalidad que habian manifestado sus compatriotas de Tumbes.

Siguiendo siempre su derrotero hácia el Sur, pasó Pizarro por la altura del punto en que habia de existir la floreciente ciudad de Trujillo, fundada por él mismo pocos años despues, y llegó al puerto de Santa.

VUELTA EN PANAMA

Habiendo llegado ya á cerca de los nueve grados de latitud Sur, los compañeros de Pizarro le suplicaron que no prosiguiese el viaje mas allá. Bas

tante y mas que bastante se habia hecho, decian, para probar la existencia y señalar la posicion de un gran imperio indio que habian estado buscando durante tanto tiempo. Pero con sus escasas fuerzas no podian aprovecharse del descubrimiento. Todo pues, lo que les quedaba por hacer, era volverse y manifestar al gobernador de Panamá el buen éxito de su expedicion. Pizarro cedió á tan justa demanda. Ya habia adelantado diez grados mas que todos los navegantes anteriores en estas mares del Sur, y en lugar del triste aspecto que hasta entonces habia presentado su suerte, calculaba que ya le era lícito volver en triunfo á referir lo hecho á sus compatriotas. Sin vacilar, pues, se preparó á volver por el mismo camino, y volvió á poner el rumbo al Norte.

ABRAZO FRATERNAL DE SUS COMPAÑEROS

Grande fué, como era de esperar, la sensacion que produjo su llegada. Pocos habia, aun entre los

mas optimistas de sus amigos, que no creyesen que habian pagado hacia poco tiempo su temeridad con la vida, ya perdiéndola á influjo del clima mal sano, ya por las flechas de los indios, ya en fin, en la silenciosa y vasta tumba del Océano. Su alegría fué pues grande en proporcion de su anterior abatimiento cuando vieron volver á los viajeros, no solo llenos de salud, sino con indudables noticias sobre los hermosos paises que tanto tiempo habian huido de ellos.

DESPRECIO DEL GOBERNADOR A LOS ESPEDICIONARIOS

Sin embargo, el gobernador Pedro de los Ríos no parecía, ni aun en estas circunstancias, muy convencido de la magnitud del descubrimiento, ó quizás lo desanimaba su misma magnitud.

Cuando los socios, mas confiados ya, solicitaron su apoyo, respondió friamente, segun dice un historiador, que « no entendia de despoblar su go-

bernacion para que se fuesen á poblar nuevas tierras, muriendo en tal demanda mas gente de la que habia muerto, cebando á los hombres con la muestra de las ovejas, oro y plata que habian traído. »

Descorazonados con semejante repulsa del único punto de donde podian esperar un eficaz auxilio, los confederados, sin fondos, y casi exhausto su crédito con los esfuerzos anteriores, no sabian ya qué hacer. Y sin embargo, detenerse en este punto ¿qué otra cosa era sino abandonar la rica mina que ellos habian abierto con sus sacrificios y con su perseverancia para que otros la explotasen á su favor?

PIZARRO Y LOS SUYOS RESUELVEN PEDIR AUSILIO A LA CORTE

En este estremo la fértil imaginacion de Luque propuso el único remedio aplicable á las circunstancias. Consistia este en apelar á la corona misma.

El eclesiástico opinó que se confiase la negociación al licenciado Corral, funcionario público muy respetable, que estaba á punto de embarcarse para la madre patria á donde iba por asuntos de público interés. Pero á esto se opuso enérgicamente Almagro. Nadie, segun él, podía desempeñar tan bien la mision como la persona más interesada en ella. El tenia una alta opinion de la prudencia de Pizarro, de su discernimiento, de la calma y de la reflexion con que juzgaba los negocios. Conocia lo bastante á su compañero para estar seguro de que no le abandonaria su presencia de ánimo, aun en las para él nuevas circunstancias en que se encontraría en la corte, y que por ser nuevas le serian embarazosas tambien. Nadie decia, podía referir la historia de sus aventuras con tan buen efecto como el hombre que en ellas habia hecho el primer papel.

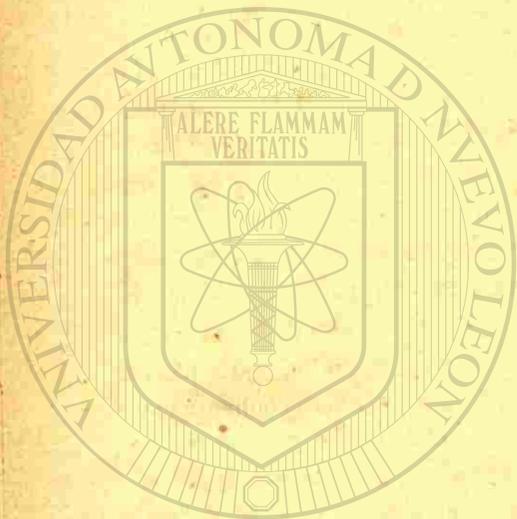
Terminó Almagro su discurso con su franqueza característica estimulando enérgicamente á su compañero á que aceptase la mision.

Pizarro sintió toda la fuerza de las razones de Almagro, y aunque con franca repugnancia, accedió á una resolucion que era menos grata á su

gusto, que una espedicion á los desiertos. Pero Luque aceptó este arreglo con mas dificultad. « Pleague á Dios, hijos, exclamó el eclesiástico, que nos hurteis la bendicion el uno al otro, que yo todavía holgaria que á lo menos fuérades entrambos. » Pizarro se comprometió á mirar por los intereses de sus compañeros como por los suyos propios; pero es claro que Luque no confiaba ciegamente en él.

Algunas dificultades hubo para reunir los fondos necesarios á fin de que el enviado pudiera presentarse como convenia en la corte; tan bajo se hallaba el crédito de los socios, y tan poca confianza se tenia aun en los resultados de sus descubrimientos magníficos.

Por fin lograron reunirse mil y quinientos pesos de oro, y Pizarro, en la primavera de 1528, se despidió de Panamá, acompañado por Pedro de Candía. Llevóse consigo algunos de los indígenas y dos ó tres llamas, varios tejidos curiosos de lana, muchos adornos y vasos de plata y oro, como muestras de la civilizacion del país, y documentos que habian de comprobar la verdad de su maravilloso relato.



CAPITULO VI

EMBARQUE PARA LA METROPOLI

Pizarro y su oficial, despues de atravesar el Istmo, se embarcaron en Nombre de Dios para la metrópoli, y despues de un viaje muy bueno, llegaron á Sevilla á principios del verano de 1528. Sucedió que se hallaba entonces en aquel punto un hombre muy conocido en la historia de las aventuras de los españoles con el nombre del bachiller

Enciso; había tenido parte muy activa en la colonización de Tierra Firme, y era acreedor de algunos de los primeros colonos de Darien, en cuyo número se contaba Pizarro. Inmediatamente que este desembarcó, prendiósele á solicitud de Enciso por el pago de la deuda. Pizarro, que había huido de su país como un pobre aventurero, sin familia ni hogar, despues de una ausencia de mas de veinte años pasados casi todos en medio de padecimientos y trabajos sin ejemplo, se vió alojado en una cárcel á su vuelta.

Este era el principio de aquella carrera brillante que, segun lo pensaba él, le abría los brazos en su país.

Este hecho causó una indignacion general; y apenas supo la corte su llegada á la Península, y el gran objeto de su mision, cuando se despachó la órden para que se le pusiera en libertad, con permiso de proseguir inmediatamente su viaje.

Pizarro encontró al emperador en Toledo, de que debia salir muy pronto á fin de embarcarse para Italia.

PIZARRO RECIBIDO POR EL EMPERADOR CARLOS V

Pizarro, pues, que había venido ahora á convenir el real ánimo con pruebas palpables de la verdad de los rumores sobre un país de oro que de cuando en cuando habían llegado á Castilla, fué recibido con suma condescendencia y bondad por el emperador. Carlos examinó muy minuciosamente los diferentes objetos que su súbdito le presentaba. Lo que le interesó especialmente fué el llama.

Pero las muestras de objetos de oro y de plata, y la historia maravillosa que referia Pizarro de la abundancia de metales preciosos, debieron satisfacer hasta las últimas exigencias del apetito real.

A pesar de la recomendacion del emperador, los

asuntos de Pizarro no salian de ese paso lento que es propio de toda clase de negocios en la córte de Castilla. Vió que sus escasos recursos poco á poco se iban agotando con los gastos que le imponia su posición; é hizo presente que como no se adoptase pronto una determinacion relativa á su demanda, por favorable que aquella pudiese ser luego, seria demasiado tarde para él y ya no le seria licito aprovecharse de sus ventajas.

CAPITULACION CON LA CORONA

La reina, por consiguiente, que se habia encargado del asunto cuando marchó su marido, lo despachó de una vez, y el 26 de Julio de 1529 se celebró la memorable *capitulacion* que indicaba y contenia los poderes y privilegios de Pizarro.

CAPITULO VII

REGRESO AL NUEVO MUNDO

Pizarro, se dió á la vela pasando la barra de San Lucar en enero de 1530, gobernó para la isla de la Gomera, una de las Canarias, donde mandó á su hermano Hernando, á quien confió los demás buques que se le reuniesen.

Despues de un viaje feliz, los aventureros llegaron á la costa del Norte del gran continente del Sur, y fondearon en el puerto de Santa María.

Poco despues de llegar á este punto vinieron á verlo sus dos socios, Luque y Almagro, que habian hecho el viaje al través de las montañas con el único objeto de saber de su boca misma y con toda exactitud los verdaderos pormenores de la capitulacion de la corona.

DISENSIONES CON ALMAGRO

Grande fué, como era de esperar, el disgusto de Almagro al saber el resultado de lo que consideraba como intrigas pérfidas de su compañero. «Así es, esclamó, como habeis tratado á un amigo que ha partido con vos todos los riesgos y todos los gastos de la empresa, y esto á pesar de habernos prometido solemnemente al marchar que mirariais por los intereses de vuestros socios como por los vuestros mismos. ¿Cómo habeis podido consentir en que así se me deshonre á los ojos del mundo con

tan miserable compensacion, que parece apreciar mis servicios como nulos comparados con los vuestros? »

Pizarro le contestó asegurándole que habia hecho lealmente toda clase de esfuerzos para satisfacer sus deseos, pero que el gobierno se habia negado á confiar á manos distintas facultades que tenian tantos puntos de contacto entre sí.

No habia tenido mas alternativa que aceptarlo todo para sí ó rehusarlo todo; y trató de mitigar el disgusto de Almagro diciéndole que bastante grande era el país para la ambicion de los dos, y que en realidad sus facultades le pertenecian lo mismo que á él, porque todo lo que Pizarro tuviese estaba á la disposicion de su amigo como si fuese cosa propia.

TERCERA ESPEDICION

El dia de San Juan Evangelista se bendijeron el estandarte real y la bandera de la compañía en la

iglesia catedral de Panamá, predicó un sermón en presencia del pequeño ejército Fr. Juan de Vargas, uno de los dominicos destinados á la mision del Perú, se celebró una misa, y se administró el sacramento de la comunión á todos los soldados que iban á tomar parte en la guerra contra los infieles. Invocada así solemnemente la bendición del cielo en favor de su empresa, Pizarro y los suyos se fueron á bordo de sus buques, y en los primeros dias de enero de 1531, salió aquel hombre singular del puerto de Panamá á emprender su tercera y última expedicion para la conquista del Perú.

Su pequeña escuadra fondeó en el puesto de San Mateo. Aquí Pizarro, despues de consultarle con sus oficiales, resolvió desembarcar sus fuerzas y seguir el viaje por tierra á lo largo de la costa.

La marcha del pequeño ejército fué escesivamente penosa; porque constantemente se hallaba cortado el camino por arroyos que, hinchados por las lluvias del invierno, se convertian en su embocadura en anchas lagunas. Pizarro, que ya tenia algun leve conocimiento del país, iba de guía y de comandante á un tiempo mismo. Siempre estaba dispuesto á prestar su auxilio donde se necesitaba,

estimulando á los suyos á que vadeasen ó pasasen á nado los torrentes como mejor pudiesen, y animando á los abatidos con el ejemplo de su alegría y de su indomable valor.

INVASION Y SAQUEO DE LAS ESMERALDAS

Penetrando en las desiertas chozas, los invasores encontraron, además de tejidos de varias clases y alimentos muy agradables en medio del hambre que estaban sufriendo, una gran cantidad de adornos toscamente trabajados de oro y plata, juntamente con muchas piedras preciosas; porque esta era la region de las esmeraldas, donde abundaban estas. Una de las esmeraldas que cayó en manos de Pizarro, era del tamaño de un huevo de paloma. Por desgracia sus ignorantes compañeros no conocían el valor de su presa, y destrozaron muchas piedras preciosas machacándolas á martillazos.

Pizarro, con su acostumbrada política, envió á Panamá una gran cantidad de oro, hasta el valor

nada menos que de veinte mil castellanos, suponiendo que á la vista de este tesoro tan rápidamente adquirido, se desvanecieran las dudas de los que vacilaban y los incitara á reunirse á su bandera.

Los españoles en su marcha habian llegado ya hasta Puerto Viejo. Allí se les reunió otro pequeño refuerzo de unos treinta hombres, mandados por un oficial llamado Belalcazar, que posteriormente subió á grandes puestos y distincion en este servicio. Muchos de los compañeros de Pizarro hubieran deseado detenerse en este punto y establecer en él una colonia. Pero el jefe pensaba mas en conquistar que en colonizar, á lo menos en aquellos primeros tiempos, y se proponia, como primer paso, apoderarse de Tumbes, que consideraba como la puerta del imperio peruano.

Prosiguiendo por consiguiente su marcha hasta

las costas de lo que ahora se llama el golfo de Guayaquil, llegó al frente de la pequeña isla de Puná, situada no á gran distancia del puerto de Tumbes; y pensó que esta isla le ofrecería un punto conveniente para acampar hasta que lo tuviese todo dispuesto para apoderarse de la ciudad india.

Las disposiciones de los naturales parecieron ser muy favorables á su propósito. No hacia mucho tiempo que se encontraba en aquellos parajes, cuando una diputacion de los indigenas, presidida por el cacique, pasó al continente en sus balsas para invitar á los españoles á trasladarse á su territorio. Pero los intérpretes indios de Tumbes, que habian vuelto con Pizarro de España, y que seguian en su servicio, le dijeron que se pusiese en guardia contra la meditada traicion de los isleños, á quienes acusaron de querer deshacerse de los españoles cortando las cuerdas que sujetaban los maderos de las balsas y dejándolos asi perecer en las olas. Sin embargo, el cacique, cuando Pizarro lo acusó de haber meditado tan pérfido proyecto, lo negó con aire de tanta sinceridad é inocencia, que sin vacilar mas el español se confió á él con

los suyos, y todos fueron trasportados con seguridad completa á la isla.

Pero los intérpretes de Pizarro volvieron á ponerlo en guardia contra la perfidia proverbial de los isleños. Suscitadas ya sus sospechas, supo el comandante español que algunos jefes se habian reunido para deliberar sobre un plan de insurreccion. No queriendo esperar á que reventase la mina, rodeó el punto de reunion con sus soldados, y se apoderó de los jefes sospechosos.

Pizarro se convenció de que la conspiracion existia; y sin vacilar un instante, entregó sus desgraciados prisioneros, que eran diez ó doce, en manos de sus rivales de Tumbes, á quienes estaban muy lejos de inspirar compasion, y que por consiguiente los mataron en el acto en su presencia.

COMBATE Y HERIDA DE HERNANDO PIZARRO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

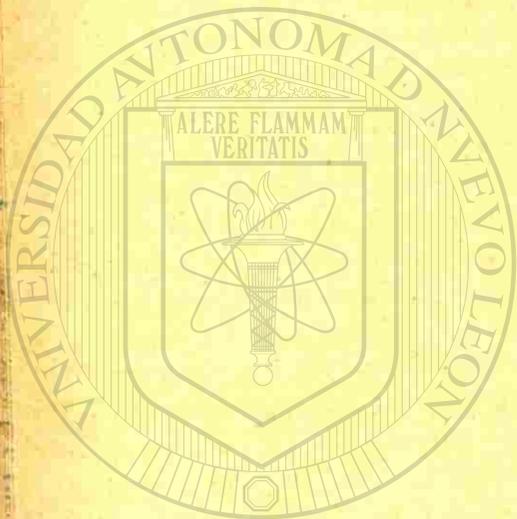
Enfurecidos con este ultraje, los habitantes de Puná acudieron á las armas, y con furiosos gritos

y con las amenazas mas salvajes de la desesperacion, atacaron inmediatamente el campamento de los españoles.

No pasaron de tres ó cuatro los españoles que perecieron en este combate; pero hubo muchos heridos y entre ellos Hernando Pizarro, que fué herido de mucha consideracion en una pierna con una javelina.

En esta desagradable situacion Pizarro vió con gusto la llegada de dos buques á la isla. Estos traian un refuerzo que consistia en cien voluntarios y además caballos para la caballería. Mandábalos Hernando de Soto, capitan que adquirió mucha celebridad posteriormente por el descubrimiento del Misisipi.

Este refuerzo fue muy oportuno y muy agradable á Pizarro, que estaba muy disgustado con su posicion en la isla, donde no hallaba nada que compensase la vida de hostilidad á que se veía condenado.



CAPITULO X

EMBOSCADA AL EMPERADOR

El sol se levantó brillante en la mañana del día, el mas memorable en los anales del Perú. Era el sábado 16 de Noviembre de 1532. El agudo sonido de la trompeta llamó á los españoles á las armas al romper el alba, y Pizarro dándoles en breves razones cuenta de su plan de ataque, tomó las disposiciones necesarias al efecto.

Ya era muy entrado el día cuando se observó movimiento en el campo peruano, donde se hacían grandes preparativos para acercarse á los reales cristianos con toda ostentación y ceremonia. Recibióse un mensaje de Atahuallpa informando al jefe español que iría á visitarle armado con sus guerreros de la misma manera que los españoles habían ido á su campo en la noche precedente. La noticia no era muy agradable para Pizarro, aunque probablemente no tenía motivos para esperar lo contrario. Mas oponerse al deseo de Atahuallpa habría sido manifestar desconfianza y darle á entender en cierto modo sus designios. Manifestó por tanto su satisfacción, asegurando al Inca que de cualquier modo que viniese le recibiría como amigo y hermano.

Ya era medio día cuando la comitiva de los indios se puso en marcha, ocupando larga extensión de la gran calzada. Al frente de todos venía gran multitud de criados cuyo oficio parecía ser limpiar el camino de la menor partícula de escombros. Por cima de toda la tropa sobresalía el Inca, llevado en los hombros de sus principales nobles, mientras otros de la misma categoría marchaban á

los lados de su litera, desplegando tan brillantes ornamentos en sus personas que según el dicho de uno de los conquistadores, *relucían como el sol*. Pero la mayor parte de las tropas del Inca, estaban formadas en los campos á uno y otro lado del camino ó esparcidas por los anchos prados hasta perderse de vista.

Cuando la real comitiva llegó á cosa de media milla de la ciudad, hizo alto, y Pizarro vió con sorpresa que Atahuallpa se preparaba para plantar sus tiendas como si quisiera fijar allí su campamento. A poco tiempo llegó un mensajero para anunciar á los españoles que el Inca ocuparía aquella noche el sitio en que se había detenido, y que á la mañana siguiente haría su entrada en la ciudad.

Al entrar las primeras filas de la procesion en la gran plaza, que según dice un antiguo cronista, era mas grande que ninguna de España, se abrieron á derecha é izquierda para dejar paso á la comitiva real. Todo se hizo con admirable orden. Permitted al monarca atravesar la plaza en silencio y ni un solo español se dejó ver. Luego que entraron cinco ó seis mil indios Atahuallpa mandó hacer

alto, y dirigiendo á todas partes curiosas miradas preguntó : ¿ dónde están los extranjeros ?

FRAT VALVERDE A ATAHUALLPA QUIERE CONVERTIR

En aquel momento fray Vicente de Valverde, religioso dominico, capellan de Pizarro, y despues obispo de Cuzco, salió con su breviario, ó, segun otros dicen, con la Biblia en una mano y un crucifijo en la otra, y acercándose al Inca le dijo que venia por orden de su jefe á esplicarle las doctrinas de la verdadera fe, para cuyo fin los españoles habian venido á su país desde tan distantes climas. Despues pasó á esplicarle lo mas claramente que pudo el misterio de la Trinidad, y remontándose en seguida á la creacion del hombre, habló de su caida, de su redencion por Jesucristo, de la crucifixion y de la ascension del Salvador á los cielos despues de haber dejado al apóstol San Pedro por vicario suyo en la tierra.

Dijole como las facultades dadas por Jesucristo

á su vicario habian sido trasmitidas á los sucesores de aquel apóstol, hombres sábios y virtuosos que bajo el título de papas ejercian autoridad sobre todos los tronos y potendatos de la tierra.

Manifestóle que uno de los últimos papas habia comisionado al emperador español, monarca el mas poderoso del mundo, para conquistar y convertir á los naturales de aquel hemisferio occidental; y que su general Francisco Pizarro habia venido para ejecutar tan importante comision: concluyendo con rogarle que le recibiese afectuosamente; que abjurase los errores de su fe y abrazase la de los cristianos, única que podia salvar su alma; y que se reconociese tributario del emperador Carlos V, que en todo caso le auxiliaria y protegeria como á leal vasallo.

Centellearon los ojos del monarca indio, y su oscuro ceño se oscureció mas al contestar : « no quiero ser tributario de ningun hombre, yo soy mas que ningun príncipe de la tierra : nuestro emperador puede ser un gran príncipe, no lo dudo, pues veo que ha enviado á sus vasallos desde tan lejos y cruzando los mares, y por lo mismo quiero tratarle como hermano.

Después preguntó á Valverde con qué autoridad le decia aquellas cosas, á lo cual respondió el fraile, mostrándole el libro que tenia en la mano. Tomóle Atahuallpa, volvió algunas páginas, é irritado sin luda por el insulto que habia recibido, le arrojó en tierra lejos de sí exclamando: «Dí á tus compañeros que me darán cuenta de sus acciones en mis dominios, y que no me iré de aquí sin haber obtenido plena satisfaccion de los agravios que me han hecho.»

Altamente escandalizado el fraile del ultraje hecho al sagrado libro, le alzó del suelo y corrió á informar á Pizarro de lo que el Inca habia hecho, exclamando al mismo tiempo: «¿no veis que mientras estamos aquí gastando tiempo en hablar con este perro lleno de soberbia, se llenan los campos de indios? Salid á él que yo os absuelvo. Pizarro vió que habia llegado la hora.

MATANZA ATROZ DE LOS INDIOS

Agitó una bandera blanca en el aire, que era la señal convenida: partió el fatal tiro de la fortaleza

y entonces saliendo el capitán y sus oficiales á la plaza, lanzaron el antiguo grito de guerra. » ¡Santiago y á ellos! el cual fué respondido por el grito de combate de todos y cada uno de los españoles que se hallaban en la ciudad, saliendo impetuosamente de los grandes salones en que estaban ocultos é invadiendo la plaza caballería é infantería en columna cerrada y arrojándose en medio de la muchedumbre de indios.

Estos, cogidos de sorpresa, aturridos por el ruido de la artillería y arcabucería, cuyos ecos zumbaban como el trueno en los edificios, y cegados por el humo que en sulfúreas columnas se estendia por la plaza, se llenaron de terror y no sabian adónde huir para librarse de la ruina que creían cercana. Nobles y plebeyos cayeron á los piés de los caballos, cuyos ginetes repartian golpes á derecha é izquierda sin perdonar á nadie, mientras sus espadas brillando al través de la espesa nube de humo, introducian el desaliento en los corazones de los desdichados indios, que por la primera vez veían las terribles maniobras de la caballería. Así es que no hicieron resistencia, ni tampoco tenían armas con que hacerla. Ni tenían medio de esca-

par porque la entrada de la palza estaba cerrada por los cuerpos muertos de los que habian perecido haciendo vanos esfuerzos para huir ; y tal era la agonía de los vivos en el terrible ataque de los agresores, que una gran multitud de indios en sus esfuerzos convulsivos rompieron por medio de una tapia de piedras y barro seco y abrieron un boquete de mas de cien pasos, por el cual se salieron al campo, perseguidos todavía por la caballería que, saltando por cima de los escombros de la tapia derribada, cayó sobre la retaguardia de los fugitivos matando á muchos y dispersándolos en todas direcciones.

EL INCA PRISIONERO

El monarca indio aturdido y cercado vió caer á su alrededor á sus mas fieles vasallos sin comprender apenas lo que le pasaba. La litera en que iba

andaba de aquí para allá segun los agresores acometian por un lado ó por otro ; y él contemplaba aquel espectáculo de desolacion como el marinero solitario, que acosado en su barca por los furiosos elementos ve brillar los relámpagos y oye retumbar los truenos á su alrededor con la conviccion de que nada puede hacer para evitar su suerte. Al fin los españoles cansados de su obra de destruccion y viendo que las sombras de la noche se aumentaba, empezaron á temer que la régia presa despues de tantos esfuerzos se les escapase ; y algunos caballeros intentaron á la desesperada concluir de una vez quitando la vida á Atahuallpa. Pero Pizarro, que estaba cerca de su persona, gritó con voz ostentosa : « El que estime en algo su vida, que se guarde de tocar al Inca ; » y estendiendo el brazo para protegerle fue herido en la mano por uno de sus soldados, cuya herida fue la única que recibieron los españoles en la accion.

OBSEQUIO DE PIZARRO A SU PRISIONERO

Aquella noche Pizarro cumplió la promesa que habia hecho al Inca de cenar con él. Sirvióse el banquete en una de las cuadras que hacian frente á la gran plaza, teatro pocas horas antes de la accion, y que todavía estaba cubierta de los cadáveres de los vasallos del Inca. Sentóse el cautivo monarca inmediato á su vencedor. Parecia no comprender la estension de su desgracia; ó si la comprendió manifestó sorprendente fortaleza. « Estas son vicisitudes de la guerra » dijo; y si hemos de dar crédito á los españoles, manifestó su admiracion por la destreza con que habian logrado hacerle prisionero en medio de sus tropas.

Atahualpa, tenia entonces treinta años de edad. Era bien formado y mas robusto de lo que ordinariamente se veia entre sus paisanos. Su frente era ancha y su rostro podria haberse llamado hermo-

so, si los ojos sanguinolentos que tenia no hubiesen dado una espresion feroz á sus facciones. Era resuelto en su lenguaje, grave en sus maneras, y para con sus vasallos duro hasta la severidad, si bien con los españoles se mostró afable permitiéndose algunas veces conversaciones chistosas.

Trató Pizarro con mucha consideracion á su régio cautivo y procuró aligerar, ya que no podia disipar, la tristeza que á despecho de su aparente conformidad se advertia en el monarca.

Antes de retirarse á descansar dirigió Pizarro á sus tropas un breve discurso sobre la situacion en que se encontraban. Cuando supo que ni un solo hombre habia salido herido, mandó que se ofreciesen acciones de gracias á la Providencia por tan gran milagro; pues en su proteccion nunca podrian haber vencido tan fácilmente á tantos enemigos; por lo cual creia que Dios habia conservado sus vidas para mayores cosas.

PRESA DEL BOTIN Y DISPERSION DE LOS INDIOS

A la mañana siguiente el primer cuidado del jefe español fué mandar que se limpiase la ciudad de todas sus impurezas, y los prisioneros, que habia muchos, se emplearon en retirar los muertos y darles decente sepultura. Despues despachó una partida como de treinta caballos al campamento ultimamente ocupado por Atahuallpa en los baños, para tomar posesion del botin y dispersar los restos de las fuerzas peruanas que todavía se mantenian alrededor de la plaza.

Los españoles no habian encontrado resistencia porque los guerreros peruanos aunque tan superiores en número, aunque eran todos jóvenes y dispuestos (la mayor parte de las fuerzas veteranas estaban en el Sur con los generales del Inca), perdieron el ánimo desde el momento en que supieron la cautividad de su señor. No tenian tampoco quien les guiase, porque no reconocian mas autoridad que la del hijo del sol ; y parecian detenidos por

una especie de invisible hechizo cerca del sitio de su prision, mirando con supersticioso temor á los blancos que habian tenido bastante audacia para acometer tal empresa.

De buena gana hubiera Pizarro dirigido inmediatamente su marcha sobre la capital del Perú ; pero la distancia era grande y su fuerza pequeña, la cual todavía habria tenido que reducirse, pues el Inca necesitaba guardia ; y el jefe español temia penetrar mas adentro en un imperio hostil tan poblado y tan poderoso y con presa de tal valor en sus manos. Esperaba pues con gran impaciencia refuerzos de las colonias; y despachó un correo á San Miguel para anunciar sus recientes triunfos y averiguar si habian llegado tropas de Panamá.

ERECCION DEL PRIMER TEMPLO CRISTIANO

Entretanto empleó su gente en hacer de Caxamalca un pueblo propio de cristianos erigiendo una iglesia, ó tal vez destinando á este uso algun edifi-

cio indio ; en esa iglesia decian misa todos los dias los padres dominicos con gran solemnidad. Se reconstruyeron tambien las destrozadas tapias de la ciudad, dándoles mas fortaleza de la que antes tenían, y en breve desapareció hasta el menor rastro del huracán que poco antes la habia assolado.

No tardó Atahuallpa en descubrir entre la ostentacion de religioso celo que hacian sus vencedores, un oculto apetito, mas poderoso en muchos de ellos que el interés de la religion ó de su ambicion. Era este la sed de oro, de la cual determinó aprovecharse para conseguir su libertad, cosa importante y que no debia dilatarse segun la crítica situacion en que se hallaban sus negocios. Su hermano Huascar desde su dorrota habia sido detenido como prisionero á las órdenes del vencedor.

Hallábase entonces en Audamarca, á poca distancia de Caxamalca, y Atahuallpa temia con fundamento, que Huascar cuando supiese su prision, hallase fácilmente medios de corromper á sus guardias, de escaparse y de ponerse á la cabeza del imperio, sin rival ya que se lo disputase.

CAPITULO XI

OFERTAS DEL INCA

Con la esperanza pues, de efectuar su propósito apelando á la avaricia de sus vencedores, dijo un dia á Pizarro que si queria darle libertad, él se obligaba á cubrir de oro todo el piso del aposento en que estaban. Los que se hallaban presentes le oyeron con incrédula sonrisa ; y el Inca viendo que no recibia respuesta, añadió con cierto énfasis

cio indio ; en esa iglesia decian misa todos los dias los padres dominicos con gran solemnidad. Se reconstruyeron tambien las destrozadas tapias de la ciudad, dándoles mas fortaleza de la que antes tenían, y en breve desapareció hasta el menor rastro del huracán que poco antes la habia assolado.

No tardó Atahuallpa en descubrir entre la ostentacion de religioso celo que hacian sus vencedores, un oculto apetito, mas poderoso en muchos de ellos que el interés de la religion ó de su ambicion. Era este la sed de oro, de la cual determinó aprovecharse para conseguir su libertad, cosa importante y que no debia dilatarse segun la crítica situacion en que se hallaban sus negocios. Su hermano Huascar desde su dorrota habia sido detenido como prisionero á las órdenes del vencedor.

Hallábase entonces en Audamarca, á poca distancia de Caxamalca, y Atahuallpa temia con fundamento, que Huascar cuando supiese su prision, hallase fácilmente medios de corromper á sus guardias, de escaparse y de ponerse á la cabeza del imperio, sin rival ya que se lo disputase.

CAPITULO XI

OFERTAS DEL INCA

Con la esperanza pues, de efectuar su propósito apelando á la avaricia de sus vencedores, dijo un dia á Pizarro que si queria darle libertad, él se obligaba á cubrir de oro todo el piso del aposento en que estaban. Los que se hallaban presentes le oyeron con incrédula sonrisa ; y el Inca viendo que no recibia respuesta, añadió con cierto énfasis

que no solamente cubriría el suelo sino que llenaría el cuarto hasta que el oro llegase á su altura; y empinándose sobre las puntas de los piés hizo una señal con la mano en la pared todo lo mas alto que pudo.

Asombráronse los circunstantes y considerando sus promesas como efecto de la loca jactancia de un hombre que por conseguir su libertad no reparaba en el significado de sus palabras. Pero Pizarro quedó muy perplejo, al paso que habia ido internándose en el país, mucho de lo que habia visto y todo lo que habia oído confirmaba las maravillosas noticias recibidas acerca de las riquezas del Perú.

El mismo Atahuallpa le habia hecho la mas magnífica pintura de las riquezas de la capital, donde los techos de los templos estaban chapeados de oro, las paredes colgadas de tapicería, y el pavimento hecho de baldosas del mismo precioso metal. Aunque estas relaciones fuesen exageradas, algun fundamento debian tener, y de todos modos era bueno acceder á la proposicion del Inca, porque así se recogía todo el oro de que podia disponer y se evitaba que lo saqueasen ó escondiesen los in-

dios. Accedió por tanto á la oferta de Atahuallpa, y tirando una línea encarnada en la pared á la altura que el Inca habia indicado, hizo que un escribano tomase nota de los términos en que se habia hecho y aceptado la proposicion. El aposento era de unos diez y siete piés de ancho por veinte y dos de largo, y la línea que se tiró en las paredes marcaba una altura de nueve piés. Este espacio habia de llenarse de oro en inteligencia de que el metal no habia de tener la forma original de los artículos manufacturados, para que el Inca tuviese el beneficio del hueco que pudieran ocupar. Se convino tambien en que se llenase dos veces de plata y en la misma manera el cuarto inmediato que era de mas pequeñas dimensiones; el Inca pidió dos meses de término para cumplir este contrato.

PACTO DEL INCA CON PIZARRO POR LOGRAR SU LIBERTAD

No bien se hizo este pacto, despachó el Inca correos á Cuzco y á otras principales ciudades del

reino con orden de trasladar sin pérdida de tiempo á Caxamalca todos los ornamentos y utensilios de oro de los reales palacios, de los templos y de los demás edificios públicos. Entre tanto, continuó viviendo entre los españoles, tratado con el respeto debido á su categoría y gozando de toda la libertad compatible con la seguridad de su persona. Aunque no se le permitía salir afuera, podía pasearse suelto en sus propias habitaciones bajo la celosa vigilancia de una guardia que sabia demasiado el valor del cautivo para demostrarse negligente.

Sin embargo, su conducta para su hermano Huascar en aquel tiempo prueba claramente que cualquiera que fuese el respeto que tuviera á sus maestros, las doctrinas del Cristianismo hicieron poca impresion en su ánimo. No bien tuvo Huascar noticia de la prision de su rival y del gran rescate que habia ofrecido por su libertad, hizo, como Atahuallpa habia previsto, los mayores esfuerzos para recobrar la suya, y envió ó trató de enviar un mensaje al capitán español diciéndole, que él pagaria un rescate mucho mayor del que Atahuallpa le habia prometido ; el cual no habiendo residido nunca

en Cuzco ignoraba la suma de tesoros que en aquella ciudad habia y donde estaban depositados.

Tuvo aviso secreto de esto Atahuallpa por las personas encargadas de la custodia de su hermano : y sus celos, escitados por la noticia, se aumentaron mas con la declaracion de Pizarro de que intentaba traer á Huascar á Caxamalca donde examinaria por sí mismo la controversia y determinaria cuál de los dos tenia mas derecho al cetro de los Incas.

ASEGINATO DE HUASCAR

Mucho asustó á Atahuallpa la determinacion del jefe español de resolver la contienda entre los dos rivales ; porque temia que, prescindiendo de las razones que militasen por su hermano, la decision seria probablemente en favor de este, cuyo carácter suave y flexible haria de él un instrumento muy conveniente en manos de los conquistadores. Así

sin mas vacilar determinó que con la muerte de Huascar desapareciese para siempre la causa de sus celos.

Sus órdenes fueron ejecutadas inmediatamente, y el desgraciado príncipe fué ahogado, se dice, en el rio de Andamarca, prediciendo al morir que los blancos vengarian su muerte y que su rival no le sobreviviria mucho tiempo.

LLEGADA DEL ORO POR EL RESCATE

Varias semanas habian pasado desde que Atahualpa despachara á sus emisarios en busca del oro y de la plata prometidos á los españoles por su rescate. Pero las distancias eran grandes y los mensajeros volvian lentamente, trayendo en su mayor parte piezas macizas de plata, algunas de dos ó tres arrobas de peso. Sin embargo en pocos dias llegaron por valor de treinta ó cuarenta mil pesos de oro y de cincuenta ó sesenta mil pesos de

plata. Brillaban los codiciosos ojos de los conquistadores al contemplar los relucientes montones del tesoro que traian los indios sobre sus espaldas, y que despues de cuidadosamente pesado y anotado era puesto en depósito bajo la custodia de una fuerte guardia. Entonces empezaron á creer que se cumplirian las magnificas promesas del Inca; pero al paso que su avaricia se aguzaba al ver delante de sí una riqueza que apenas se habian atrevido á imaginar, se aumentaban sus impacientes exigencias, no haciéndose cargo de la distancia y dificultades del camino, y vituperando altamente la tardanza con que se ejecutaban los régios mandatos.

Llegaron á sospechar tambien que Atahualpa hubiese inventado el pretexto de su rescate solamente con el objeto de entablar comunicaciones con su vasallos mas distantes, y que la dilacion fuese calculada con el objeto de ganar tiempo para asegurar la ejecucion de sus planes. Circulaban rumores de sublevacion entre los peruanos y manifestábanse entre los españoles temores de un ataque repentino y general contra sus reales.

Pizarro comunicó á su prisionero los rumores

que circulaban entre los soldados, diciendo, que uno de los sitios que se señalaban como punto de reunion de los indios era la inmediata ciudad de Guamachucho. Atahuallpa oyó con gran sorpresa la noticia y rechazó con indignacion el cargo que se le hacia como falso desde el principio hasta el fin « Ni uno solo de mis vasallos, dijo, se atreverá á presentarse armado ni á levantar un dedo sin orden mia. Me teneis, añadió, en vuestro poder; mi vida está á vuestra disposicion; ¿ qué mejor garantía podeis tener de mi fidelidad ? »

El general habia despachado á su hermano Hernando con unos veinte caballos y un pequeño cuerpo de infantería á la inmediata ciudad de Guamachucho, con orden de reconocer el país y averiguar si era ó no cierto el rumor de haberse reunido allí fuerza armada. Hernando Pizarro encontró el país tranquilo y recibió muy buena acogida de los naturales; pero antes de salir de Guamachucho recibió órdenes de su hermano para que continuase su marcha á Pachacamac, ciudad situada en la costa á cien leguas por lo menos de distancia de Caxamalca.

Ofecia este viaje muchas dificultades. El camino

corria en sus dos terceras partes á lo largo de las cordilleras, y de trecho en trecho le interrumpian las crestas de las montañas que presentaban obstáculos no pequeños de vencer.

Admiráronse los españoles de ver el número y la magnitud de los rebaños de llamas que pacian la menuda yerba que crece en las elevadas regiones de los Andes.

LLEGADA DE HERNANDO PIZARRO A PACHACAMAC

Al fin despues de algunas semanas de viaje penoso, á pesar de todos estos alivios, llegó Hernando Pizarro delante de la ciudad de Pachacamac. Era esta muy populosa y de edificios sólidamente contruidos muchos de ellos. El templo de la deidad tutelar era un vasto edificio de piedra, ó mas bien un conjunto de edificios que agrupados alrededor de una colina cónica, mas parecian una fortaleza que un templo.

Al presentarse Hernando Pizarro á la entrada mas pequeña del templo le impidieron el paso los guardias de la puerta; pero exclamando que «no habia venido de tan lejos para que le detuviese el brazo de un sacerdote indio» forzó el paso y seguido de su gente, subió la galería circular que conducia á una plataforma en la cima del monte, en uno de cuyos extremos habia una especie de capilla. Este era el santuario de la venerada deidad. La puerta estaba guarnecida con adornos de cristal y con turquesas y pedacitos de coral. Allí trataron de nuevo los indios de disuadir á Hernando Pizarro de su propósito de violar el sagrado recinto, cuando en aquel momento la convulsion de un terremoto que hizo temblar hasta los cimientos del antiguo templo atemorizó tanto á los indígenas, así á los que acompañaban á Pizarro como á los demás habitantes de la ciudad, que todos huyeron espantados, no dudando que su adorada deidad sepultaria á los invasores bajo las ruinas del edificio ó los consumiría con sus rayos.

Pizarro y su gente echaron abajo la puerta y entraron; pero en vez de hallar un salon lleno de oro y de piedras preciosas, dones de los devotos de Pachacamac, segun ellos se imaginaban, se encontra-

ron en un cuarto ó mas bien en una cueva pequeña y oscura, cuyo piso y paredes exhalaban los mas repugnantes olores como los que salen de un matadero. Era el sitio de los sacrificios. Descubrieron sin embargo unas cuantas piezas de oro y algunas esmeraldas en el suelo; y luego que sus ojos se acostumbraron un poco á la oscuridad distinguieron en el rincón mas apartado del aposento la figura del ídolo. Era este un mónstruo construido de madera, de forma rara y con cabeza semejante á la del hombre. Tal era el dios por cuyos labios Satanás habia dictado los famosos oráculos que desde tan antiguo tenían engañados á sus devotos.

EL TRIUNFO DE LA CRUZ

Los españoles indignados arrancaron el ídolo de su nicho y le sacaron al aire libre donde le hicieron mil pedazos.

Pero el jefe español no estaba tan absorto en sus tareas espirituales que dejase de cuidar de los negocios temporales que le habian llevado á aquel sitio. Vió con gran sentimiento que habia llegado demasiado tarde y que los sacerdotes de Pachacamac, informados del objeto de su mision, habian puesto á buen recaudo la mayor parte del oro, y marchándose con él antes de su llegada. Despues se descubrió una gran cantidad del tesoro enterrada en las inmediaciones.

Mientras estaba en Pachacamac supo que el cacique indio Chalcuchima se hallaba con grandes fuerzas en las inmediaciones de Xauxa, ciudad de alguna consideracion situada á gran distancia entre las montañas. Este cacique, pariente inmediato de Atahuallpa, era el mas esperto de sus generales y juntamente con Quizquiz, que entoces se hallaba en Cuzco, habia alcanzado en el Sur las victorias que habian elevado al Inca sobre el trono.

Viendo que el noble indio rehusaba verse con él á su vuelta, determinó marchar desde luego á Xauxa y apoderarse del jefe en sus mismos reales.

El camino á través de las montañas presentaba **mayores** dificultades que el primero por donde ha-

bian llegado y á estas se anadian, respecto á la caballería, que se hablan gastado las herraduras de los caballos, y los cascos de los animales padecian mucho en aquel terreno pedregoso y áspero. No habia hierro á mano, solo habia plata y oro, y en semejante situacion se aprovecharon de estos metales, haciendo Pizarro herrar á toda la caballería con herraduras de plata que, hechas por los fundidores indios, llenaron tan bien su objeto que este precioso metal sustituyó al hierro durante el resto de la marcha.

AL GENERAL INDIANO QUIZQUIZ HECHO PRISIONERO

El jefe peruano estaba acampado á pocas millas de la ciudad con un ejército que, segun los cálculos comunes, ascendia á treinta y cinco mil hombres. Gran dificultad costó hacerle consentir en una entrevista con Pizarro; este le habló cortesmente y le instó para que volviese con él al campo castellano en Caxamalca, diciéndole que tal era la órden del Inca.

Desde la captura de su soberano había permanecido Chalcuchima incierto del plan que había de seguir. La captura del Inca hecha de una manera tan repentina y misteriosa por una raza de seres que parecían caídos de las nubes, y en el momento mismo de sus triunfos, le tenía completamente asombrado, y ni había concebido proyecto alguno para rescatar á Atahuallpa, ni sabía á punto fijo si el que concibiese sería ó no aceptable al soberano. Determinó pues cumplir la orden que de su parte le daba Pizarro, porque de todos modos deseaba tener una entrevista con Atahuallpa, y Pizarro consiguió su fin sin necesidad de apelar á medio violento para ello.

Llegó Chalcuchima escoltado de numerosa hueste conducido en sus andas en hombros de sus vasallos; y acompañando á los españoles á su vuelta por el país, recibió en todas partes de los habitantes homenajes que solo tributaban al favorito de un monarca. Sin embargo, toda su pompa se desvaneció al entrar á presencia del Inca á quien se acercó con los pies desnudos y llevando en las espaldas una ligera carga que tomó de un criado suyo. Al aproximarse levantó el anciano guerrero las manos

al cielo y exclamó: « Si yo hubiera estado aquí no habría sucedido esto; » despues arrodillándose, besó las manos y los piés á su soberno y los bañó con sus lágrimas. Atahuallpa por su parte no manifestó la menor emocion ni dió otra señal del contento que debía causarle la presencia de su consejero favorito, mas que el darle la bienvenida. La frialdad del monarca contrastaba singularmente con la leal sensibilidad del vasallo.

RECAUDACION DE LOS ESPAÑOLES PARA EL RESCATE
DEL INCA

Poco despues de la llegada de las tropas enviadas á Pachacamac á fines de mayo, volvieron los tres emisarios de Cuzco. Su mision habia tenido muy buen resultado. Merced á las órdenes del Inca y al respetuoso temor que los blancos inspiraban en el país, habian sido bien recibidos en todas partes. Los naturales les habian llevado en las hamacas ó andas del país; y como habian ido hasta la capi-

tal por la gran calzada imperial en que estaba apostados de distancia en distancia indios de carga hicieron el viaje de mas de seiscientas millas, no solo sin molestia, sino con lujosa comodidad. Atravesaron muchas ciudades populosas, y en todas encontraron á los sencillos indios dispuestos á venerarlos como á seres de superior naturaleza. En el Cuzco fueron recibidos con regocijos públicos, se les alojó suntuosamente y los obsequiosos habitantes se esmeraron en satisfacer todas sus necesidades y prevenir todos sus deseos.

Las noticias que trajeron de la capital confirmaron cuanto Pizarro habia oído acerca de la riqueza y poblacion de aquella ciudad. Aunque habian permanecido mas de una semana en ella, no la habian visto toda. Vieron sin embargo el gran templo del Sol que estaba absolutamente cubierto de planchas de oro. Penetraron en lo interior y vieron los cadáveres embalsamados de los reyes sentados cada uno en su silla chapeada de oro y cubiertos de vestiduras llenas de adornos. Los españoles tuvieron el buen gusto de respetarlos segun les habia aconsejado el Inca, pero exigieron que las planchas de oro que guarnecian las paredes se quitasen to

das. Los peruanos obedecieron con repugnancia la órden de su soberano para despojar de sus riquezas el templo nacional que todos los habitantes de la ciudad miraban con particular orgullo y veneracion. Con menos repugnancia consintieron de entregar á los conquistadores los adornos de algunos otros edificios, en los cuales el oro, teniendo mucha parte de liga, era de menos valor.

El número de planchas que quitaron del templo del Sol no bajó de setecientas, y aunque probablemente no eran de gran espesor, los autores las comparan en tamaño á la tapa de una arca de diez ó doce pulgadas de ancha. Rodeaba el edificio una cornisa de oro puro, pero tan fuertemente encajada en la piedra, que por fortuna resistió á todos los esfuerzos de los despojadores.

Queábanse estos de la falta de diligencia que mostraban los indios en la obra de destruccion, y decian que habia otros puntos en la ciudad que contenian edificios abundantes en oro y plata y que no se los habian dejado ver. En realidad su mision, que en sí misma era de las mas desagradables, se hizo odiosa por la manera con que la ejecutaron. Los emisarios eran hombres de baja esfera; y envane-

cidos con los honores que les tributaban los indígenas, creían merecerlos, y despreciaban á los pobres indios como á una raza incomparablemente inferior á la europea; y no solo mostraron la mas repugnante avaricia, sino que trataron á los mas elevados señores con grosera insolencia, en la cual se escedieron tanto, segun se dice, que violaron el secreto de los conventos ultrajando los sentimientos religiosos de los peruanos con sus escandalosos amores con las vírgenes del Sol. Tanto exasperó esta conducta á los habitantes del Cuzco, que les hubieran maltratado á no impedírselo su habitual reverencia al Inca, en cuyo nombre venian los españoles.

Así recogieron todo el oro que fué necesario para satisfacer la codicia de sus indignos visitantes y librarse de ellos lo mas pronto posible. Grande error fué en Pizarro enviar á tales hombres: aun entre su gente habia otras personas que como se vió despues, tenian alguna idea del respeto que se debian á sí propias, ya que no respetasen á los indios.

REFUERZOS ESPAÑOLES

Poco antes de estos sucesos ocurrió uno que cambió la situacion de los españoles, y tuvo desfavorable influencia en la suerte del Inca. Fué este la llegada de Almagro á Caxamalca con gran refuerzo de tropas. Almagro despues de grandes esfuerzos habia logrado armar tres bajeles y reunir ciento cincuenta hombres, con los cuales se habia embarcado desde Panamá á últimos del año anterior.

En su viaje se le habia reunido una pequeña fuerza procedente de Nicaragua, de modo que su ejército se componia de ciento cincuenta infantes y cincuenta caballos, bien provistos de municion de guerra.

Dirigia sus bajeles el antiguo piloto Ruiz, pero despues de haber llegado á la bahía de S. Mateo navegó lentamente á lo largo de la costa, detenido por los vientos y corrientes y experimentando todos los desagradables incidentes que trae consigo una larga navegacion. No habia podido saber noticia al-

guna de Pizarro, y tan desanimados estaban sus soldados, muchos de los cuales eran inespertos aventureros, que cuando llegaron á Puerto-Viejo propusieron abandonar la expedición y volverse desde luego á Panamá. Por fortuna, un individuo del pequeño escuadrón que Almagro había enviado á Tumbez, trajo noticias de Pizarro y de la colonia que había fundado en San Miguel; y animado con estas nuevas el caballero español, prosiguió su viaje y logró por último, á fines de diciembre de 1532, llegar sano y salvo con toda su gente al establecimiento español.

Allí supo la marcha de Pizarro por las montañas, la captura del Inca, y poco después el enorme rescate ofrecido por su libertad, y tanto él como sus compañeros, manifestaron grande admiración y asombro cuando llegó á su conocimiento una mudanza tan rápida en la suerte de Pizarro que parecía poco menos que verificada por arte mágico. Al mismo tiempo le avisaron algunos de los colonos, que no se fiase de Pizarro ni se pusiera en sus manos, pues sabían que no le tenía buena voluntad.

Poco después de la llegada de Almagro á Sa-

Miguel, se recibió noticia de ella en Caxamalca, y una nota reservada de su secretario Perez, informando á Pizarro que su socio no había venido con propósito de auxiliárle en la empresa, sino con intención de establecer un gobierno independiente. Parece que ambos capitanes estaban rodeados de hombres de espíritu mezquino y turbulento que procuraban desavenirlos creyendo sin duda encontrar su propio provecho en la enemistad recíproca de sus jefes. Sin embargo por entonces se frustraron sus maliciosas maquinaciones.

Gran satisfacción causó á Pizarro la llegada de tan considerable refuerzo que le proporcionaba medios de aumentar su fortuna y seguir adelante en la conquista del país.

Almagro llegó á Caxamalca á mediados de febrero de 1533. Los soldados de Pizarro salieron á recibir á sus compañeros, y los dos capitanes se abrazaron con muchas muestras de cordial satisfacción; diéronse al olvido todas las pasadas desavenencias, y tanto uno como otro se manifestaron dispuestos á auxiliarse mutuamente en la brillante carrera que la conquista de aquel imperio les ofrecía.

Una persona habia en Caxamalca en quien la llegada de los españoles produjo muy diferente impresion; esta persona era Atahuallpa, el cual no solamente vió en los recién llegados otra nube de langostas que iba á devorar su desgraciado país, sino que conoció que multiplicándose de tal modo el número de sus enemigos, disminuian las probabilidades de recobrar su libertad ó de conservar la si llegaba á poderla recobrar. Una pequeña circunstancia, insignificante en sí misma, pero á la cual la supersticion daba un aspecto formidable, vino en aquel tiempo á hacer mas triste su situación.

CAPITULO XI

PRESAGIOS DE ATAHUALLPA

Algunos soldados vieron en el cielo una especie de meteoro ó cometa, y se lo enseñaron á Atahuallpa. El monarca le estuvo mirando fijamente por espacio de algunos minutos, y despues con aire de desconsuelo exclamó, que se habia visto en los aires una señal semejante poco tiempo antes de la muerte de su padre Huayna Capac. Desde aquel dia

Una persona habia en Caxamalca en quien la llegada de los españoles produjo muy diferente impresion; esta persona era Atahuallpa, el cual no solamente vió en los recién llegados otra nube de langostas que iba á devorar su desgraciado país, sino que conoció que multiplicándose de tal modo el número de sus enemigos, disminuían las probabilidades de recobrar su libertad ó de conservar la si llegaba á poderla recobrar. Una pequeña circunstancia, insignificante en sí misma, pero á la cual la supersticion daba un aspecto formidable, vino en aquel tiempo á hacer mas triste su situación.

CAPITULO XI

PRESAGIOS DE ATAHUALLPA

Algunos soldados vieron en el cielo una especie de meteoro ó cometa, y se lo enseñaron á Atahuallpa. El monarca le estuvo mirando fijamente por espacio de algunos minutos, y despues con aire de desconsuelo exclamó, que se habia visto en los aires una señal semejante poco tiempo antes de la muerte de su padre Huayna Capac. Desde aquel dia

se apoderó de él una profunda tristeza presintiendo y temiendo alguna próxima desgracia.

Entretanto comenzaron otra vez á correr rumores entre los soldados del atraque que, segun se suponía, meditaban los indios. Todos repetían estos rumores y con la repetición iba tomando más crédito la noticia. Decíase que en Quito, patria de Atahualpa, se estaba reuniendo un inmenso ejército, y que treinta mil caribes estaban ya en camino para aumentar sus filas. Los primitivos españoles suponían que los caribes estaban diseminados indistintamente en los diferentes puntos de América, y les atribuían todos los horrores propios de una raza de canibales.

RUMORES DE CONSPIRACION

No es fácil describir el origen de estos rumores. En el campo español había considerable número de indios que pertenecían al partido de Huascar y

que por tanto eran enemigos de Atahualpa, pero el más encarnizado de todos era Felipillo, el intérprete de Tumbes ya citado en esta historia.

ACUSACIONES INFUNDADAS CONTRA EL INCA

Los rumores relativos á la sublevación entre los indios señalaban á Atahualpa como autor de ella. Tomóse declaración á Chalcuchima sobre este punto, pero dijo que estaba ignorante de que su señor tuviese tal designio y que creía que lo calumniaban. En seguida Pizarro habló del asunto al Inca repitiéndole los rumores que circulaban y aparentando creerlos. « ¿Qué traición es esa, dijo el general, que meditas contra mí, que te he tratado siempre con consideración confiando en tus palabras como en las de un hermano? » « ¿Burlaste conmigo? » contestó el Inca, que tal vez no había notado semejante confianza : « siempre me hablas

cosas de burlas. ¿Qué parte somos yo y toda mi gente para enojar á tan valientes hombres como vosotros? No me digas esas burlas.» «Esto, continua el secretario de Pizarro, lo dijo en tono el mas reposado y natural, sonriéndose mientras pronunciaba estas palabras para disimular su falsedad, de modo que los españoles que se las oyeron estaban espantados de ver en un hombre bárbaro tanta prudencia.

Pero no era con prudencia como Atahualpa contestó entonces á Pizarro sino con el convencimiento de su inocencia, segun despues demostraron los acontecimientos. Sin embargo el Inca conoció fácilmente las causas y tal vez las consecuencias de la acusacion. Vió la profunda sima que se abria á sus piés; estaba rodeado de extranjeros de ninguno de los cuales podia esperar consejo ó proteccion. La vida de un monarca cautivo es generalmente corta, y Atahualpa debió de hacerse cargo de esta verdad cuando pensase en Huascar. Deploró entonces amargamente la ausencia de Hernando Pizarro, pues por mas extraño que parezca, la situacion del régio cautivo habia conmovido el altivo corazon de aquel, y habia hecho que le tratasen con alguna

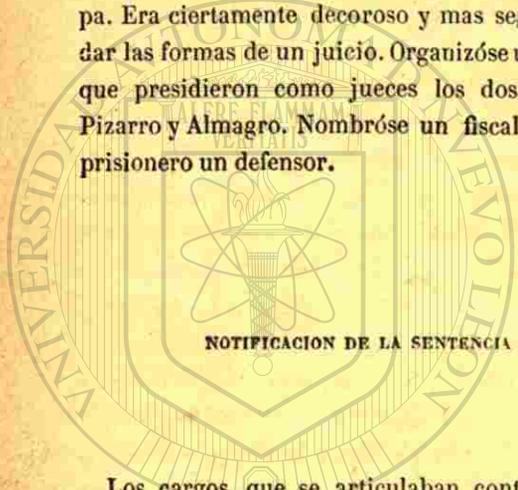
deferencia que le granjeó la estimacion y la confianza del Inca. Sin embargo este no perdió tiempo para procurar disipar las sospechas del genera y convencerle de su inocencia. «¿No soy, dijo á Pizarro, un pobre cautivo en tus manos? ¿Cómo puedo abrigar los designios que me atribuyes sabiendo que seria yo la primera victima de la insurreccion? Poco conoces á mis vasallos si piensas que habian de moverse sin orden mia, pues si yo no lo quiero, añadió hiperbólicamente, ni las aves volarán en mi tierra.»

Pero estas protestas de inocencia produjeron poco efecto en las tropas entre quienes la noticia de un levantamiento general de los indios continuaba de hora en hora ganando crédito.

En este estado de cosas, el jefe español determinó enviar un corto destacamento á Guamachucho para reconocer el país y averiguar el fundamento que tenian los rumores de insurreccion. Dió á Soto el mando de este destacamento, el cual, como la distancia no era grande, debia estar de vuelta dentro de pocos dias.

Despues de la partida de Soto la agitacion entre los soldados en vez de disminuirse aumentó tanto,

que Pizarro no pudiendo resistir sus importunidades consintió en que se formase causa á Atahuallpa. Era ciertamente decoroso y mas seguro guardar las formas de un juicio. Organizóse un tribunal que presidieron como jueces los dos capitanes Pizarro y Almagro. Nombróse un fiscal y dióse al prisionero un defensor.



NOTIFICACION DE LA SENTENCIA

Los cargos que se articulaban contra el Inca redactados en forma de interrogatorio eran doce. Los mas importantes eran que habia usurpado la corona y asesinado á su hermano Huascar; que habia disipado las rentas públicas desde la conquista del país por los españoles dotando con ellas á sus parientes y á sus favoritos; que habia cometido los crímenes de idolatría y adulterio viviendo públicamente casado con muchas mujeres; por

último que habia tratado de sublevar á sus vasallos contra los españoles.

Hallósele culpado, no sabemos si de todos los crímenes que se le atribuian, y fué sentenciado á ser quemado vivo en la gran plaza de Caxamalca: sentencia que debia ponerse en ejecucion aquella misma noche, sin esperar siquiera la vuelta de Soto, cuyos informes podrian poner en su punto la verdad ó la falsedad de los rumores relativos á la insurreccion de los indios.

Cuando el Inca recibió notificacion de la sentencia manifestó gran pesadumbre y angustia, pues á pesar de que de algun tiempo á aquella parte habia mirado como probable que le condenaran á muerte, y así lo habia indicado á los que le rodeaban, siempre la probabilidad de un acontecimiento de esta especie es muy diferente de la realidad, mucho mas cuando esta realidad se presenta tan rápida y repentinamente como entonces.

EJECUCION DE ATAHUALLPA

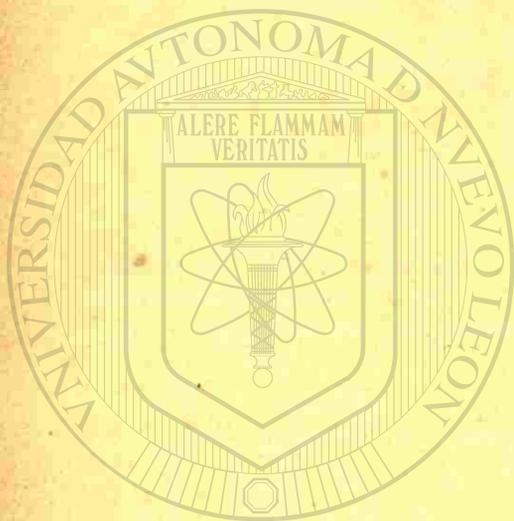
Publicóse la sentencia del Inca á son de trompeta en la gran plaza de Caxamalca; y dos horas despues de puesto el sol, los soldados se reunieron en ella con antorchas para presenciar la ejecucion. Era el 29 de agosto de 1533. Atahuallpa salió encadenado y á pié para el lugar del suplicio.

El padre Vicente de Valverde iba á su lado procurando consolarle, y en lo posible persuadirle á que en su última hora abjurase de sus creencias supersticiosas y abrazase la religion de los vencedores.

El dominico en aquella hora solemne hizo el último esfuerzo, y cuando Atahuallpa estuvo atado al lugar del suplicio teniendo alrededor los haces que habian de incendiar su pira funeral. Valverde levantando en alto la cruz, le rogó que la abrazase

y se dejara bautizar, prometiendo que si lo hacia, se conmutaria la terrible sentencia de hoguera en la mas suave del garrote.

El desdichado monarca preguntó si era verdad lo que se le decia, y confirmado por Pizarro, consintió en abjurar su religion y recibir el bautismo. Practicóse la ceremonia por el padre Valverde y el neófito recibió el nombre de Juan de Atahuallpa, en honor de San Juan Bautista, en cuyo dia se verificó aquel suceso.



CAPITULO XIII

TUPACA TOPARCA MONARCA NOMBRADO POR FRANCISCO
PIZARRO

Los autores de la revolución, Pizarro y su gente, permanecían entretanto en Caxamalca. Pero el primer paso del jefe español fué nombrar sucesor á Atahuallpa; pues era mas fácil gobernar á nombre de la autoridad venerada á que tan acostumbrados estaban los indios, y no era difícil encontrar sucesor á aquel soberano. El legítimo heredero de la corona era un hijo segundo de Huayna Capac llamado Manco, hermano carnal del desgraciado Huascar. Pero Pizarro no sabia en qué disposicion

se hallaba este príncipe respecto á los españoles, y por consiguiente no tuvo escrúpulo en preferir á él un hermano de Atahualpa y presentarle á los nobles indios como su futuro Inca. Ninguna noticia tenemos acerca del carácter del jóven Toparca, que probablemente se resignó sin repugnancia á un destino, que aunque humillante bajo ciertos puntos de vista, era mas elevado del que podia esperar en el órden natural de los sucesos.

Dirigieron despues todos ansiosamente sus pensamientos al Cuzco, del cual circulaban las mas soprendentes noticias entre los soldados, así como de sus templos y palacios reales que se decia resplandecian con oro y plata.

Tomaron el gran camino de los Incas que se extendia entre las elevadas regiones de las cordilleras hasta el Cuzco.

En toda la estension del camino hallaron establecidas casas de posta á distancias regulares para albergar á los correos del gobierno; y almacenes de granos y otros artículos en las principales ciudades, destinados para los ejércitos indios. Así los españoles se aprovecharon de la prudente prevision del gobierno peruano.

Despues de haber atravesado varias poblaciones pequeñas y otras de alguna nota de las cuales las principales eran Guamachucho y Guanuco, Pizarro y su gente, al cabo de algun tiempo de fatigosa marcha, llegaron á la vista del rico valle de Xauxa.

En Xauxa se propuso Pizarro hacer alto por algunos dias y fundar una colonia española. Creia favorable la posicion para tener en jaque á los indios de la montaña y para establecer al mismo tiempo fáciles comunicaciones con la costa. Entre tanto determinó enviar adelante á Soto con un destacamento de sesenta caballos para reconocer el pais y recomponer los puentes destruidos por el enemigo.

El activo Soto salió inmediatamente para cumplir su comision, pero encontró grandes obstáculos en su marcha.

MUERTE DEL INCA TOPARCA

Antes de salir de Xauxa sucedió una desgracia á los españoles con la muerte de su hechura el jóven

Inca Toparca. Las sospechas recayeron tambien sobre Challeuchima á quien ya atribuian los españoles todo lo malo que les sucedia. Sintió mucho Pizarro esta muerte, pues perdía con ella la oportunidad de cubrir sus actos futuros con aquella sombra de soberanía.

Pizarro consideró lo mas prudente no aventurarse á perder sus tesoros llevándolos consigo; y los dejó por tanto en Xauxa bajo la custodia de cuarenta soldados que se quedaron allí de guarnición. Ningun acontecimiento de importancia ocurrió en el camino, y reunidas las fuerzas de Pizarro con las de Almagro y Soto, penetraron en el valle de Xaquixaguama á unas cinco leguas del Cuzco.

En este valle hizo alto Pizarro por algunos dias para dar descanso á sus tropas y municionarlas en los bien provistos almacenes de los Incas. Su primer acto fué formar causa á Challeuchima.

No sabemos de que naturaleza eran los testimonios que se alegaron en su contra, solo sí que fueron suficientes para que los capitanes españoles le declarasen culpado.

Fué condenado á ser quemado vivo en aquel sitio.

Poco despues de este trágico acontecimiento, sorprendió á Pizarro la visita de un noble peruano que llegó al campamento con gran ceremonia y con numeroso y brillante séquito. Era el jóven príncipe Manco, hermano del malhadado Huascar, y legítimo heredero de la corona. Conducido ante el jefe español, anunció sus pretensiones al trono, y declaró la proteccion de los extranjeros.

Era ya muy entrada la tarde cuando los conquistadores llegaron á vista del Cuzco.

Era tan tarde, que Pizarro resolvió diferir su entrada hasta la mañana siguiente.

Aquella noche se estableció una guardia vigilante en el campamento, y los soldados durmieron sobre las armas; pero no les molestó el enemigo, y á la mañana del dia siguiente, 15 de noviembre de 1533, se preparó Pizarro para hacer su entrada en la capital del imperio peruano.

La suma de riquezas encontradas en la capital no igualó á las grandes esperanzas que se habian formado los españoles, si bien el déficit lo suplió el saqueo que hicieron en varios puntos durante su marcha.

El primer cuidado del jefe español despues de la

division del botin fué poner á Manco en el trono y hacer que le reconociesen sus compatriotas. Presentóles este príncipe como su futuro soberano, hijo legitimo de Huayna Capac y verdadero heredero del cetro peruano.

Despues trató Pizarro de organizar el gobierno municipal del Cuzco dándole la forma que tenia en las ciudades de su país. Nombráronse dos alcaldes y ocho regidores, y entre estos últimos á los hermanos de Pizarro, Gonzalo y Juan.

Los esfuerzos hechos para convertir á los gentiles, son un rasgo característico y honroso de la conquista española. Los puritanos, con igual celo religioso, han hecho comparativamente menos por la conversion de los indios, contentándose segun parece con haber adquirido el inestimable privilegio de adorar á Dios á su modo. Otros aventureros que han ocupado el Nuevo Mundo, no haciendo por sí mismos gran caso de la religion, no se han mostrado muy solícitos por difundirla entre los salvajes. Pero los misioneros españoles, desde el principio hasta el fin, han mostrado profundo interés en el bienestar espiritual de los naturales.

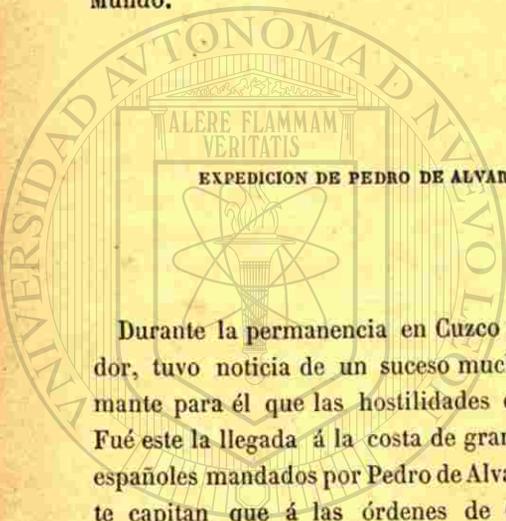
Bajo sus auspicios se levantaron magnificas

iglesias, se fundaron escuelas para la instruccion elemental, y se adoptaron todos los medios racionales para difundir el conocimiento de las verdades religiosas; al mismo tiempo que cada uno de los misioneros penetraba solo por remotas y casi inaccesibles regiones ó reunia sus discípulos indios en comunidades como hizo el honrado Las Casas en Cumaná, ó como hicieron los jesuitas en California y Paraguai.

En todos tiempos el animoso eclesiástico español estaba pronto á levantar su voz contra la crueldad de los conquistadores y contra la avaricia no menos destructora de los colonos; y cuando sus reclamaciones eran inútiles, como sucedia muchas veces, todavía se dedicaban á consolar al desdichado indio, á enseñarle á resignarse á su suerte y á iluminar su oscuro entendimiento con la revelacion de una existencia mas santa y mas feliz.

Al recorrer las páginas sangrientas de la historia colonial española, justo es, y al mismo tiempo satisfactorio, observar que la misma nacion de cuyo seno salió el endurecido conquistador envió asimismo al misionero para desempeñar la obra de la beneficencia y difundir la luz de la civilizacion cris-

tiana por las regiones mas apartadas del Nuevo Mundo.



EXPEDICION DE PEDRO DE ALVARADO

Durante la permanencia en Cuzco del gobernador, tuvo noticia de un suceso mucho mas alarmante para él que las hostilidades de los indios. Fué esta la llegada á la costa de gran número de españoles mandados por Pedro de Alvarado, valiente capitán que á las órdenes de Cortés habia adquirido tanta fama en la guerra de Méjico.

Para colmo de desgracias el aire se llenó por muchos dias de espesas nubes de particulas de tierra y cenizas que cegaban á los hombres y hacian la respiracion en extremo dificultosa. Este fenómeno parece probable que fué efecto de una erupcion del distante Cotopaxi que á doce leguas al Sudeste de Quito levanta su cabeza colosal y perfectamente

cónica mucho mas allá de los límites de las eternas nieves, siendo el mas magnífico y terrible de los volcanes de América, el cual en la época de la expedicion de Alvarado, se hallaba en estado de erupcion. Primer caso de esta especie de que se tiene noticia, aunque sin duda no fué el primero.

Desde aquella época ha tenido frecuentes conmociones, despidiendo torrentes de llama hasta la altura de media milla, vomitando cataratas de lava que han destruido ciudades y villas en su carrera, y haciendo temblar el suelo con truenos subterráneos que aun á la distancia de mas de cien leguas sonaban como disparos de artillería.

Los soldados de Alvarado ignorantes de la causa del fenómeno, pues caminaban sobre nieve, cosa que nunca habian visto, y en una atmósfera cargada de cenizas, quedaron espantados con la confusion de los elementos, confusion que parecia decretada á propósito por la naturaleza para destruirlos. Algunos de aquellos hombres eran soldados de Cortés, endurecidos por muchas y penosas marchas y por muchos y encarnizados combates con los aztecas. Pero entonces confesaron que aquella guerra de los elementos era mas terrible que todo.

Por fin Alvarado despues de padecimientos que aun el mas duro probablemente no habria sufrido por muchos dias mas, salió de Puertos Nevados y llegó á una elevada llanura que se estiende á la altura de mas de nueve mil piés sobre el Océano en las inmediaciones de Riobamba. Pero una cuarta parte de su valiente ejército se habia quedado á servir de pasto al condor en la intrincada sierra con la mayor parte, dos mil por lo menos, de los indios auxiliares.

Gran número de caballos habian perecido tambien y tanto los caballos como los hombres que se libraron, quedaron mas ó menos estenuados por el frio y los muchos padecimientos. Tal fué el terrible paso de los Puertos Nevados de que he hecho ligera mencion como un episodio de la conquista del Perú, pero cuya narracion en todos sus pormenores, aunque la marcha duró muy pocas semanas, daria mejor idea de las dificultades que encontraron las españoles que volúmenes enteros de las relaciones ordinarias.

Cuando Alvarado despues de haber dado algunos dias de descanso á sus fatigadas tropas, emprendió de nuevo su marcha por la llanura, quedó admi-

rado al ver impresas en el suelo huellas de herraduras. Era pues evidente que soldados españoles habian pasado por allí antes que él y que despues de todos sus trabajos y fatigas se encontraba con que otros le habian precedido en la empresa contra Quito. Preciso es decir alguna palabra para explicar este punto.

Cuando Pizarro salió de Caxamalca, conociendo la creciente importancia de San Miguel, único puerto que habia entonces para entrar en el país, comisionó á una persona en quien tenia gran confianza con el objeto de que se encargase del mando de la colonia. Esta persona era Sebastian Benalcázar, caballero que despues elevó se nombre hasta la primera línea entre los conquistadores de la América del Sur por su valor, inteligencia y crueldad. Pero apenas Benalcázar llegó á su gobierno, recibió como Alvarado tales noticias de las riquezas de Quito, que resolvió con la fuerza de su mando, aunque sin orden para ello, emprender su reduccion.

A la cabeza pues, de unos ciento cuarenta soldados entre caballería ó infantería y un cuerpo considerable de indios auxiliares, marchó subiendo la

ancha cordillera de los Andes por el punto donde se estiende por la elevada planicie de Quito y por un camino mas seguro y mas corto que el que despues llevó Alvarado.

En las llanuras de Riobamba encontró al general indio Ruminabi, con el cual sostuvo varios ataques de éxito dudoso, hasta que al fin la ciencia militar decidió la victoria como la decide cuando el valor es por ambas partes igual; y Benalcázar vencedor plantó el estandarte de Castilla sobre las antiguas torres de Atahuallpa.

La ciudad, en honor del general Francisco Pizarro, fué llamada San Francisco de Quito; pero grande fué la mortificación del invasor cuando halló que los rumores relativos á las riquezas que contenia eran falsos, ó los indios las habían escondido, pues la ciudad fué el único fruto de sus victorias, es decir, la concha sin la perla que constituia su valor. Estando Benalcázar devorando su disgusto como mejor podia, recibió la noticia de la aproximacion de su superior Almagro.

No bien llegaron al Cuzco las nuevas de la expedicion de Alvarado, salió Almagro de aquella ciudad con una corta fuerza para San Miguel, propo-

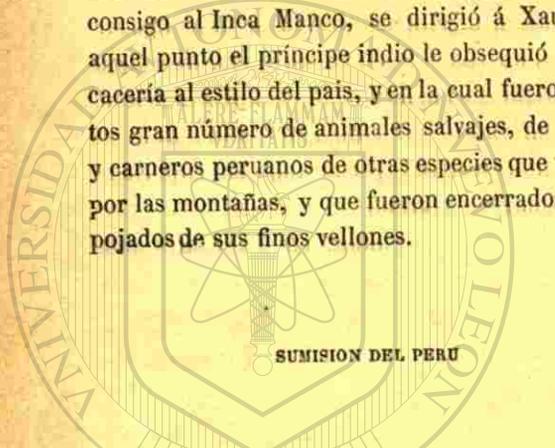
niéndose tomar allí la necesaria y marchar en seguida contra los invasores.

En Riobamba, Almagro se reunió con el gobernador de San Miguel, el cual protestó, tal vez sinceramente, que ningun motivo desleal le habia llevado á emprender su expedicion. Reforzadas de este modo sus tropas, esperó tranquilamente Almagro la llegada de Alvarado.

Abriéronse negociaciones, en las cuales cada partido sostuvo sus derechos á la conquista del país. Entretanto, las tropas de Alvarado se mezclaron libremente con su compatriotas del opuesto ejército, y oyeron tan magníficas relaciones sobre las riquezas y maravillas del Cuzco, que muchos de ellos quedaron deseosos de dejar el servicio de Alvarado y entrar al de Pizarro.

Entretanto el gobernador habia salido de la capital del Perú para la costa con ánimo de rechazar cualquiera invasion que por algun punto intentase Alvarado, de cuyos movimientos no tenia noticia cierta. Dejó encargado el gobierno del Cuzco á su hermano Juan, caballero cuyos modales eran en su concepto muy á propósito para granjearle la voluntad de los indígenas. Dejó tambien con él no-

venta soldados que guarneciesen la capital y fuesen núcleo de la futura colonia. Despues llevándose consigo al Inca Manco, se dirigió á Xauxa. En aquel punto el principe indio le obsequió con una cacería al estilo del país, y en la cual fueron muertos gran número de animales salvajes, de vicuñas y carneros peruanos de otras especies que vagaban por las montañas, y que fueron encerrados y despojados de sus finos vellones.



SUMISION DEL PERU

La sumision del Perú podia ya considerarse en cierto modo como completa. Algunas tribus bárbaras de lo interior se sostenian todavia independientes ; pero Alonso de Alvarado, oficial prudente é instruido, estaba encargado de subyugarlas. Bernalcázar se hallaba aun en Quito, de cuya capital fué nombrado despues gobernador por la corona. Allí empezó á abrir cimientos mas profundos para consolidar el poder de los españoles y adelantar hácia el Norte la línea de sus conquistas.

El Cuzco, la antigua capital de la monarquía india, se habia sometido.

Los ejércitos de Atahuallpa habian sido derrotados y dispersados. El imperio de los Incas estaba disuelto, y el principe que llevaba la diadema peruana no era mas que una sombra de rey, que un instrumento del conquistador.

En las riberas del Rimac fijó Pizarro el sitio de su nueva capital, á poco menos de dos leguas de su nacimiento, donde se estendia formando un cómodo puerto para el comercio que el ojo profético del fundador vió que habia de cubrir sus aguas en alguna época, y no muy distante.

La situacion central de aquel punto le hacia á propósito para residencia del virey, pues desde él podia fácilmente comunicarse con los diferentes distritos del país, y vigilar de cerca los movimientos de sus vasallos indios.

El clima era delicioso, y aunque á solos doce grados al Sur de la línea, templaban tanto el aire las tibias brisas que generalmente se levantan del Pacífico ó de las opuestas cordilleras, que el calor era allí menos sensible que en los puntos del continente situados á igual latitud : Nunca llovia en la

costa; pero corregía esta sequedad una nube de vapores que en los meses de verano se extendía como una cortina sobre el valle, protegiéndole de los rayos del sol de los trópicos y destilando imperceptiblemente una humedad refrigerante que vestía los campos del mas brillante verdor.

Dióse por nombre á la naciente capital Ciudad de los Reyes en honor de la fiesta de la Epifanía, pues fué el 6 de Enero de 1535 cuando, segun se dice, fué fundada, ó mas probablemente cuando se determinó el sitio que habia de tener, porque la construccion parece haberse verificado doce años despues. Pero el nombre castellano cesó de estar en uso aun en tiempo de la primera generacion, y fué reemplazado por el de Lima que es una corrupcion del nombre primitivo indio de Rimac.

La muerte de Pizarro fué muy desgraciada, el domingo 26 de Junio de 1541 penetraron unos conjurados en su palacio y lo asesinaron.

FIN

INDICE

A nuestros lectores.	5
CAP. I. — Juventud de Pizarro.	7
El embarque.	10
Desventuras de los viajeros.	12
Descubrimiento de tierra.	15
Primer encuentro de los aventureros con los indigenas	16
Punta quemada.	18
Rudo combate.	19
Valor de Pizarro.	21
Refuerzos de la expedicion.	23
Victoria — Almagro herido.	24
CAP. II. — Llegada á Panama.	27
Desaire del gobierno de Panamá.	28
Destitucion de Pizarro en el mando es- pedicionario.	29
Contrato indigno del gobierno.	31
El juramento.	32

costa; pero corregía esta sequedad una nube de vapores que en los meses de verano se extendía como una cortina sobre el valle, protegiéndole de los rayos del sol de los trópicos y destilando imperceptiblemente una humedad refrigerante que vestía los campos del mas brillante verdor.

Dióse por nombre á la naciente capital Ciudad de los Reyes en honor de la fiesta de la Epifanía, pues fué el 6 de Enero de 1535 cuando, segun se dice, fué fundada, ó mas probablemente cuando se determinó el sitio que habia de tener, porque la construccion parece haberse verificado doce años despues. Pero el nombre castellano cesó de estar en uso aun en tiempo de la primera generacion, y fué reemplazado por el de Lima que es una corrupcion del nombre primitivo indio de Rimac.

La muerte de Pizarro fué muy desgraciada, el domingo 26 de Junio de 1541 penetraron unos conjurados en su palacio y lo asesinaron.

FIN

INDICE

A nuestros lectores.	5
CAP. I. — Juventud de Pizarro.	7
El embarque.	10
Desventuras de los viajeros.	12
Descubrimiento de tierra.	15
Primer encuentro de los aventureros con los indigenas	16
Punta quemada.	18
Rudo combate.	19
Valor de Pizarro.	21
Refuerzos de la expedicion.	23
Victoria — Almagro herido.	24
CAP. II. — Llegada á Panama.	27
Desaire del gobierno de Panamá.	28
Destitucion de Pizarro en el mando es- pedicionario.	29
Contrato indigno del gobierno.	31
El juramento.	32

Segunda expedicion.	33
El piloto Ruiz espiora la costa.	34
Desembargo en la isla del gallo.	36
Descubrimiento de un barco indio.	37
Reconocimiento de un buque indio.	38
Descubrimiento del equinoccio	40
Esperanzas frustradas	41
El hambre	42
Nuevos reclutas.	43
CAP. III. — Nuevos descubrimientos y combates.	45
Combate en Tacamez	46
Vuelta á la Isla del Gallo	48
CAP. IV. — La resolución.	49
Indignacion del gobernador.	50
Comision de Tafur	51
Resolucion enérgica de Pizarro	53
Los valientes siguen á Pizarro, pero los cobardes le hacen traicion	54
Ocupacion de la isla Gorgone.	55
CAP. V. — Reconvenccion de Luque y Almagro al gobernador.	57
Embarque de Ruiz.	59
Isla de Santa Clara	60
CAP. VI. — El placer por la amistad.	63
Embajado de Alonso Molina	64
Desembarco en Paíta y ofrecimiento de sus habitantes	65
Vuelta á Panamá.	66
Abraza fraternas de sus compañeros	67
Desprecio del gobernador á los expedicionarios.	
Pizarro y los suyos resuelven pedir auxilio á la corte.	
Embarque para la Metropoli.	

Pizarro recibido por el Emperador Carlos v.	75
Capitulacion con la corona.	76
CAP. VII. — Regreso al Nuevo Mundo.	77
Disensiones con Almagro.	78
Tercera expedicion.	79
Invasion y saqueo de las esmeraldas.	81
Nuevos refuerzos.	82
Combate y herida de Hernando Pizarro.	84
CAP. VIII. — Desembarque en Tumbes.	87
Reconocimiento del pais	89
Nombre dado á la primera colonia española.	91
Pizarro se desembaraza de los descontentos.	93
Embajada del Inca á Pizarro	95
Ocupaciones de Motupe.	97
Tormento dado á un indio para desearbrir el campamento de inca.	99
Paso de los Andes por Pizarro y los suyos.	101
CAP. XIX — Consejos de Gueira	105
Embajada y regalos del Inca á Pizarro.	107
Entrada en Caxamalca.	108
Presentacion á Atahualpa por Hernando Pizarro.	110
Maniobras delante del emperador por Soto	112
CAP. X. — Emboscada al emperador.	115
Fray Valverde convierte inutilmente á Atahualpa	118
Matanza atroz de los indios.	120
El Inca prisionero.	122
Obsequio de Pizarro á su prisionero.	123

Presa del botin y dispersion de los indios	123
Ereccion del primer templo cristiano	127
CAP. XI. — Ofertas del inca	129
Pacto del inca con Pizarro por lograr su libertad	131
Asesinato de Huascar	133
Llegada del oro por el rescate	134
Llegada de Hernando Pizarro á Pachamac	137
El triunfo de la cruz	139
El general indiano Quizguy hecho prisionero	141
Recaudacion de los españoles para el rescate del inca	142
Refuerzos españoles	147
CAP. XII. — Presagios de Atahualpa	151
Rumores de conspiracion	152
Acusaciones infundadas contra el Inca	153
Notificacion de la sentencia	156
Ejecucion de Atahualpa	157
CAP. XIII — Inca Toparca. — Monarca nombrado por Francisco Pizarro	161
Muerte del inca Toparca	163
Expedicion de Pedro Alvarado	168
Sumision del Perú	174
Muerte de Pizarro	176

FIN DEL INDICE

